

29-700641  
642-447

8903  
—  
Key 1847



249



29-790641  
47-273

LOS  
ALBORES DE LA VIDA.



3249



LOS  
**ALBORES DE LA VIDA,**

OBRA DEDICADA Á LAS NIÑAS

POR

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

MAESTRA DE PRIMERA ENSEÑANZA  
SUPERIOR Y DIRECTORA DE UNA DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE  
BARCELONA.

---

Premiada por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instruccion  
en sesion pública de 12 de Abril de 1865  
con el primer premio ofrecido por la misma á la mejor obra destinada para  
poder servir de premio  
á las niñas , consistente en una medalla de oro y título de  
sócía de número de dicha Sociedad.

---

Revisada y aprobada por la Autoridad eclesiástica.

---

BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES,  
calle de la Boquería, núm. 47.  
1863.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Censura y aprobacion de la Autoridad eclesiástica.



M. I. Sr.

El libro *Los Albores de la Vida*, corresponde, según mi humilde parecer, al digno fin que se ha propuesto su ilustrada y religiosa autora. Ni en sus ideas, ni en su lenguaje he encontrado cosa alguna que no esté enteramente conforme con el dogma y la moral. Muy al contrario, contiene esta obrita lecciones prácticas de virtud tan oportunas y tan adaptadas á la capacidad de las niñas, que estoy persuadido hará V. S. un bien autorizando su publicación.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona 16 Junio de 1863.

JOSÉ ILDEFONSO GATELL, PBRD.

*Barcelona 19 Junio de 1863.*

**Imprimase:**

JUAN DE PALAU Y SOLER, VICARIO GENERAL CAPITULAR.





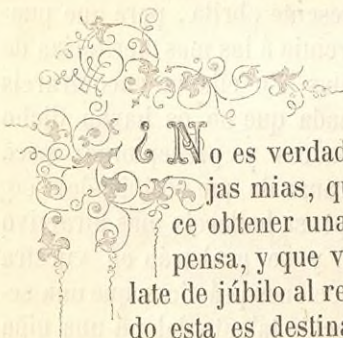


## LOS ALBORES DE LA VIDA.



« Los premios que los hombres adjudican en la tierra son un reflejo de la gloria que Dios promete á los justos. »

Á LAS NIÑAS:



¿ No es verdad, queridas hijas mias, que es bien dulce obtener una justa recompensa, y que vuestro corazón late de júbilo al recibirla, cuando esta es destinada al mérito, al talento y á la virtud?

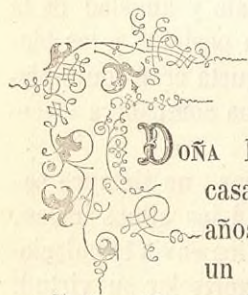
¿ No es cierto que aquella noche vuestro

sueño es mas dulce , y si acaso es turbado por alguna imágen , esa imágen sonrie de esperanza y de felicidad ?

Yo, que he dedicado mi vida, mis sudores y desvelos á vuestra educacion, que he pasado entre vosotras la mitad de mi existencia y que os amo , en fin , con la mayor ternura porque veo en vosotras un bello plantel de flores que ha de hermosear la generacion naciente, y en vosotras contemplo unos seres en que se revelan los rasgos característicos de la muger mezclados todavía con la pureza del ángel , he pensado dedicaros la presente obrita , para que pueda servir de premio á las mas meritorias de nuestras escuelas. En ella no encontrareis nada nuevo, nada que no os hayan dicho ya vuestros padres y preceptoras; pero abrigo la esperanza de que recibéndola como una recompensa hallareis mas atractivo en su lectura, y se grabarán en vuestra memoria las lecciones prácticas que una señora de reconocido talento daba á una niña buena é inocente como vosotras.



## INTRODUCCION.



Doña María de Sandoval,  
casada en los primeros  
años de su juventud con  
un caballero que ejercia  
un distinguido empleo en la córte, tuvo

la desgracia de enviudar al poco tiempo de su matrimonio, golpe que afectó dolorosamente su corazón sensible, encontrando no obstante, en la religion y en la práctica de las virtudes cristianas la fortaleza y el consuelo en sus pesares. Su amiga de la infancia, su compañera de colegio Enriqueta, que, casualmente se hallaba en Madrid, viuda tambien, pues habia perdido á su jóven esposo durante las discordias civiles de que fué víctima nuestra desgraciada España, fué la única persona que mezcló con D.<sup>a</sup> María las lágrimas de una verdadera amistad y la distrajo y acompañó continuamente, no siéndole menos útil á aquella el trato y amistad de la virtuosa viuda, pues la posicion y los bienes de fortuna de Enriqueta eran muy inferiores á los de su antigua compañera de colegio.

El cielo, queridas mias, no siempre recompensa en esta vida á las almas justas, sino que muchas veces les envia tribulaciones y amarguras para acrisolar su virtud.

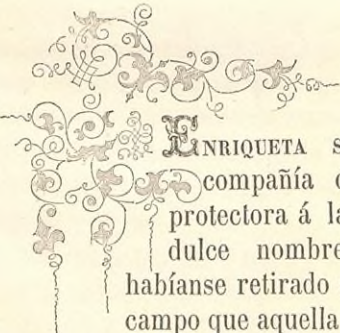
Así lo esperimentó D.<sup>a</sup> María Sandoval, que vió tambien bajar al sepulcro á su mejor amiga, á su único consuelo Enriqueta, la cual dejó una niña de su mismo nombre, á la que su amiga prometió servir de madre y es de la que pienso hablaros en los capítulos siguientes.





I.

**El orden es el principio del bienestar y de la  
felicidad moral.**



**E**NRIQUETA se hallaba en  
compañía de su amable  
protectora á la que daba el  
dulce nombre de madre:  
habíanse retirado á una casa de  
campo que aquella señora poseía  
en una de las provincias de la pintoresca y

poética Andalucía , pero al poco tiempo de su permanencia en dicho lugar de recreo , determinó , para la mejor educacion de la huerfanita , que á un alma tierna y candorosa reunia las mejores disposiciones para el trabajo , ponerla de educanda en un colegio de una ciudad cercana , obteniendo , sin embargo , de la directora el permiso de llevarla una vez al mes á pasar el domingo en su compañía.

Era un hermoso dia del mes de Enero , no un dia de aquellos nebulosos de los climas glaciales , en que la naturaleza entera parece muerta , en que no hay una yerba que verdée , un pájaro que vuele ni un insecto que bulla , sino un dia de invierno de esos que solo se disfrutan bajo el cielo de Andalucía , mas bellos que la primavera de otros paises . El cielo sonreia y el sol brillante y puro se reflejaba en la corriente azul de un manso rio , por cuya vega corría nuestra niña encantada de poder gozar , una libertad que le habia sido negada toda la semana . Mucho se habia alejado de su

madre adoptiva , que sentada sobre el césped , contemplaba con satisfaccion su vivacidad y alegría , pero á una seña que le hizo volvió á su lado y besándola con cariño le dijo :

¡ Cuán feliz soy ahora , querida mamá , y cuanto mas lo seria si no me affigiera la idea de que mañana he de volver á la penosa sujecion de mi colegio !

¿ Cómo pues ? contestó con seriedad la buena madre , apenas hace un mes que te hallas confiada á los cuidados de una sabia directora , y ya te pesa el suave yugo de la escuela , y llamas al celo y prudencia de tus superiores *penosa sujecion* ? En buen hora que eches de menos la compañía de una madre que tanto te ama , pues yo misma hago un sacrificio en separarte de mi lado ; pero veo con sentimiento la poca aficion que manifiestas al asilo en que han de ponerse los fundamentos de tu felicidad futura , y á las personas que tanto se desvelan por asegurarla .

La niña no contestó , con la cabeza baja



fingia jugar con las cintas que pendian de su talle, hasta que al fin dos lágrimas, que desprendidas á pesar suyo de los párpados rodaron lentamente por sus mejillas, vinieron á revelar su emocion.

Nada me ocultes, prosiguió la madre con acento mas suave, ¿qué es lo que siente tu corazon en este momento ?

Ante todas cosas contestó la interpelada con viveza, y enjugando sus lágrimas, siento haber disgustado á V. y además me entristece el recuerdo del colegio, no porque la directora no sea buena para mí, ni me disgusten las lecciones ni el trabajo; si no porque lo que llaman *orden* es una cosa que me molesta en extremo. Levantarme todos los dias á la misma hora, cuando á veces desearia dormir mas, acostarme cuando todavía no tengo sueño, ocupar en la escuela siempre el mismo sitio y al lado de las mismas compañeras, y, finalmente no tener si no un rato de recreo y precisamente á una hora dada, en la cual si tengo mal humor no me divierto, sin que despues

tenga ocasion de resarcir aquel tiempo perdido, es lo único que me sienta mal: y quisiera que V. suplicase me permitiesen comer, dormir, trabajar y divertirme á las horas que bien me pareciese.

Calló Enriqueta esperando en vano una respuesta, é inutilmente tambien clavó los ojos en el semblante de su protectora, tratando de averiguar la impresion que le habian hecho sus palabras.

Pasados algunos minutos se levantó doña María, y alargando la mano á la niña le dijo con indiferencia: vámonos, querida, porque el viento empieza á refrescar y cuando lleguemos á casa ya será tarde.

Caminando en silencio pasaron junto á un plantío de frutales, y la madre preguntó como distraida ¿te acuerdas, niña, como estaban esos árboles hace tres meses?

Enriqueta, contenta al ver que por fin le dirigia la palabra, reflexionó un instante y contestó: sí, señora, me acuerdo que el dia de Todos los Santos pasé por aquí, con una de las muchachas, para ir á oír misa á la

iglesia del pueblo cercano, y estaban todas las hojas amarillas, porque se iban secando, y muchas caídas ya por el suelo, de manera que parecía que andábamos sobre una alfombra. Ahora reparo que se han acabado de caer todas; mire V. mamá, cuan secas y peladas se hallan las ramas.

¿Y el día de tu santo como estaban? preguntó la madre ¡Oh, entónces contestó la niña, llena de júbilo con aquel recuerdo, entónces era otra cosa. Los árboles estaban llenos de ciruelas, peras y albaricoques, V. me compró tortas blandas y vinimos aquí á merendar. Me acuerdo que estábamos recién llegadas y aun llevaba yo luto de la otra mamá, añadió dando un suspiro.

Pues bien, dijo la madre, reflexiona en lo que te voy á decir, y pronunciaba muy lentamente las palabras. De aquí á dos meses, en una hermosa estacion que se llama la primavera, los árboles ostentarán bellos ramilletes de flores blancas y rosadas; mas adelante estarán como el año pasado cu-

biertos de abundantes frutos, y el 15 de Julio, que serán tus dias, saldrás del colegio, si eres buena, y vendrás en mi compañía á merendar peras y albaricoques; en el otoño que es cuando tú dices que caian las hojas de los árboles caerán del mismo modo; é indefectiblemente el año que viene en este mismo dia, los volverás á ver tan secos y desnudos como ahora. Y dime cuando era mas fuerte el sol ¿cuándo hemos salido de casa ó en este momento?

Entónces, respondió la niña vivamente, porque era mas temprano.

Y sabes tú de cierto, respondió la madre, si de aquí á tres horas será enteramente de noche y hará luna como ayer, y si mañana aparecerá la aurora, pintando el horizonte con sus encantadores matices, y tras ella ese claro sol que nos ilumina y que en este instante va descendiendo ya á su ocaso?

Sí, señora, contestó Enriqueta riendo, porque esto sucede todos los dias.

Así terminó la conversacion de aquella tarde, mas, llegada la noche y hallándose

nuestra niña en compañía de su protectora en una salita lujosamente amueblada, en la que un hermoso brasero producía una atmósfera caliente y agradable, tomó la palabra dicha señora y le habló en estos términos: Has cumplido ya ocho años, Enriqueta, y la necia proposición que esta tarde me has hecho, y que solo en atención á tu tierna edad puede disculparse, sería imperdonable de aquí algún tiempo. Dime, ¿qué concepto formarán de mí las personas encargadas de tu educación si fuese á proponerles que te permitiesen disponer á tu antojo del tiempo y distribuirte tu misma las horas del descanso y trabajo? ¿No tendrían todas tus condiscípulas igual derecho, y en este caso, no sería la directora esclava de vuestros caprichos? Lo que te he hecho observar respecto á la sucesión no interrumpida de los días y las noches y de las cuatro estaciones del año, ha sido con el objeto de hacerte ver el orden admirable que el Autor de la naturaleza ha establecido en todas sus obras, y cuando

todas las criaturas obedecen fielmente á su Señor, seria solamente el hombre, ó mejor dicho, una débil y tierna niña la que osase oponerse á los eternos principios de orden y deber? No, querida mia, tu te acostumbrarás en el colegio á la mas hermosa de las virtudes domésticas, que es el orden, virtud que constituye la encantadora armonia de la naturaleza, la paz de los estados, el bienestar de los colegios y demás reuniones de individuos, y la felicidad del hogar doméstico, y cuando llegues á hacer de ella un hábito no solamente no te será enojosa, si no que te parecerá tan necesaria como la atmósfera que respiras.

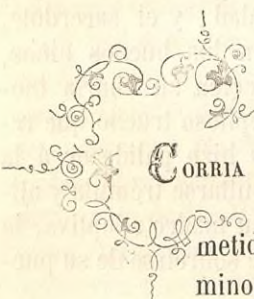
La niña sin comprender del todo la verdad de tan sábias reflexiones, conocia vagamente que sus quejas eran infundadas y prometió no repetir las, recibiendo en premio de su sumision, un cariñoso abrazo, que fué la despedida por aquella noche.





II.

**La Piedad.**



**C**ORRIA el mes de Febrero y el tiempo se habia metido en agua, en terminos de hallarse intransitable para señoras el camino que conducia á la aldea. Doña María, empero, prudente

y previsoramente como siempre, había enviado el día anterior á la ciudad un carruaje, en que una doncella de su confianza tenía órden de conducir á Enriqueta, y había avisado á un sacerdote amigo suyo para que aquel día, que era domingo, viniese á celebrar el santo sacrificio de la misa en el oratorio de su casa de campo.

Habiendo asistido toda la familia á la misa, se estaban desayunando alegremente mientras Enriqueta razonaba la conversacion con dichos graciosos, pues, habiéndose ya acostumbrado á la vida de colegio, nada turbaba su felicidad, y el sacerdote, que era indulgente con los buenos niños, escuchaba con satisfaccion su charla inocente, cuando un estrepitoso trueno que retumbó en los espacios hizo palidecer á la niña, que corrió á ocultarse trémula y agitada en el regazo de su madre adoptiva, la cual no pudo menos de sonreirse de su pueril temor.

Continuaba lloviendo, y aun que los truenos y relámpagos seguian, iban haciéndose



cada vez mas sordos los primeros, y menos vivos los segundos, cuando el capellan dijo con calma á Enriqueta : Podrias decirnos, hija mia, porque te has asustado de esa suerte?

El ruido de los truenos, contestó Enriqueta, me causa un terror inesplicable.

Entonces replicó su madre riendo, cuando haya una funcion de fuegos, como la que se prepara en el pueblo, me guardaré muy bien de ir á buscarte.

¡Oh! no señora, contestó la niña, porque aquello ya sé que es una diversion y no puede causarme ningun daño.

¿Y qué daño puede causarte, dijo el sacerdote, una tempestad benéfica destinada por el Criador á purificar la atmósfera? No te negaré que el cielo cubierto de negras nubes, el resplandor de los relámpagos y el estampido de los truenos forman un conjunto imponente y magestuoso, como si quisieran recordarnos el poder y la grandeza de Dios, mas ¿sabes lo que decia el divino Maestro á los que, como tú, tembla-

ban á la vista de una tempestad? pues dirigióles estas palabras: Porque temblais hombres de poca fé, no sabeis que aunque bramen los vientos y mujan las tempestades sobre la frente del justo, no se perderá un solo cabello de su cabeza?

Pero un rayo, dijo la niña, puede muy bien causar la muerte. Y sabes tú, replicó el capellan, lo que la muerte significa para el alma inocente, para la niña cristiana que, como tú, cumple con sus deberes? La muerte es el término de un destierro, es el descanso de un viage y el principio de una nueva vida de felicidad no interrumpida, de goces puros y místicos, de los cuales ni tu imaginacion de niña, ni la exaltada fantasía del poeta, ni el entendimiento del sábio pueden formar una idea aproximada. Témanla enhorabuena, aquellos cuya conciencia les acusa de graves faltas y espánteles presentarse cargadas con ellas ante un juez irritado, pero tú, hija del alma, si perseveras en la senda del bien en que has entrado encontrarás en Jesús aquel padre

amoroso que acojía á los parvulillos y los recostaba en su seno: te separarás, es cierto, de las personas que amas, pero todos los justos se reunirán un dia en aquella patria de que te he hablado, y de la cual la bóveda celeste bordada de lucientes estrellas, el campo sembrado de lindas flores, las brisas impregnadas de perfumes, los cantos armoniosos de los ruseñores y cuanto aquí encanta nuestros sentidos no son mas que una sombra pálida y descolorida.....

¡Oh! interrumpió la niña juntando las manos con regocijo, ¿y es cierto que puedo yo aspirar á una dicha tan grande, diga V. señor, qué debo hacer, qué sacrificios debo imponerme?

Ninguno, hija mia, contestó el sacerdote porque el yugo del Señor, de quien soy indigno ministro, es sumamente suave: obedece á tu madre, obedece á tus superiores, mira á todos los hombres como á tus hermanos, no haciendo con ellos sino lo que quisieras que se hiciese contigo y ama al Señor con lo íntimo de tu corazón puro,

que él acogerá tus plegarias como acoge benigno el incienso bendecido que quemamos ante sus aras.

Así concluyó una conversacion de que nuestra niña estaba encantada.

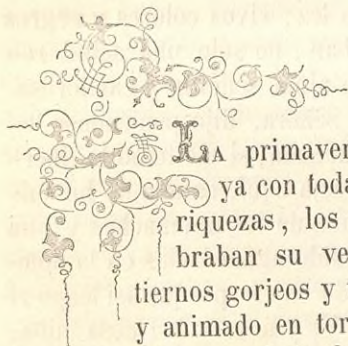
Por la tarde, como hubiese cesado totalmente la lluvia, el sacerdote manifestó su resolucion de volverse á la aldea en donde tenia su domicilio, y las señoras le vieron partir con sentimiento, no sin rogarle que repitiese tan útiles visitas para oír de sus labios las saludables máximas evangélicas, que arraigasen en el tierno pecho de Enriqueta el amor de Dios, que es el mas precioso de todos los tesoros y el principio de todas las felicidades.





### III.

#### El Juramento.



LA primavera se ostentaba ya con todas sus galas y riquezas, los pájaros celebraban su venida con sus tiernos gorjeos y todo era bello y animado en torno de la casa de nuestra virtuosa viuda, la cual con su

interesante niña que habia traído de la ciudad aquella mañana, se preparaba á salir á paseo, mas esta que habia cojido ya su sombrerito de paja, le arrojó con disgusto al ver entrar á una aldeana, esclamando: ¿que querrá decir á V. esa muchacha, mamá? Esas labradoras son tan pesadas que cuando una viene, está hablando toda la tarde y nos priva de dar un paseo.

Bien venida, Rosa, dijo la madre á la recién llegada, imponiendo silencio con un jesto á la niña.

Era aquella una jóven morena y graciosa, cuya fresca tez, vivos colores y negros ojos manifestaban, no solo una salud robusta, si no un alma sencilla y candorosa.

Dispense V. señora, dijo poniéndose todavía mas encarnada, si me tomo la libertad de llegar hasta aquí, es que no he encontrado ninguna de las muchachas y aun que hubiera podido aguardarlas en la antecala he preferido entrar porque así tengo el gusto de ver á V. y á esta hermosa niña. Solo tenia que decir al ama de gobierno

que mañana lúnes no me envíe la ropa, como de costumbre, pues no podré hacer colada por encontrarse mi madre algo enferma.

No tienes que escusarte, respondió la señora, sabes que te aprecio por tus virtudes y que me es mas grata tu presencia que la de algunas que visten lujosos trajes. Siento la indisposicion de tu madre, harás bien en cuidarla con preferencia á todo lo demás, y yo daré órden de que se recoja la ropa blanca y se guarde para cuando tu la pidas. Luego, volviéndose á Enriqueta añadió: aquí tienes, querida mia, una jóven, que como habrás podido comprender ejerce el humilde oficio de lavandera, pero que, habiendo podido ganar en un dia, y en un solo instante, mas de lo que ganará en muchos años lavando la ropa, prefirió quedarse en su pobreza á gravar su conciencia con una mala accion: Ahora vamos á dar un paseo y, puesto que el camino que debe seguir es el mismo que nosotras, tendrá la amabilidad de referirnos su his-

toria, que tú ignoras, y yo tendré un placer en escucharla segunda vez.

Enriqueta, que, como todos los niños, era muy aficionada á oír historias, volvió á ponerse el sombrero y salió de casa saltando de gozo en compañía de su madre y de la jóven aldeana, la cual dió principio á su narracion en los términos siguientes:

Yo soy hija de un pobre labrador del vecino pueblecito, que murió hace unos tres años; como no teníamos mas patrimonio que nuestro trabajo, determiné con permiso de mi buena madre, ponerme á servir, y entregarle mi salario, para que, unido á lo poco que ella ganaba, bastare á su subsistencia; y el señor cura, que nos aprecia en extremo, me habló de unos señores de la ciudad á quienes me habia recomendado y de cuya honradez y buenas costumbres nos respondia. Fuí en efecto, y al principio me iba perfectamente, pues la señora me tomó mucho cariño. Era un matrimonio con dos niñas grandecitas y un niño pequeño y á mas de mí, tenían un criado para ir



á la compra y otros servicios de que yo estaba dispensada.

Haría unos dos meses que yo estaba en la casa, cuando un tío de mi amo recién llegado de la Habana y muy rico, según supe después, vino á pasar unos días en su compañía.

Sirviendo á la mesa y en otras ocasiones recuerdo que le oía hablar de otro sobrino que tenía en Madrid, pero como eran cosas que no me interesaban, jamás fijé la atención en lo que decía.

Era el tal señor sumamente grueso y nos dijo que había tenido ya dos ataques apopléticos, así fué que un día que había salido á algunas visitas, apesar de haberle rogado mis señores que no saliese porque hacía mucho calor, nos le trajeron con una apoplejía fulminante, de la que murió á las pocas horas, sin haber podido hablar una palabra ni recibir por consiguiente los Santos Sacramentos.

Todo fué consternacion en la casa durante algunos días, pero después de haber-

se celebrado los funerales conocí que mis amos acababan de tomar alguna resolución importante, pues pasaban largas horas hablando en secreto, y aunque comprendí que el criado, que se llamaba Juan, estaba mas enterado que yo, como no soy curiosa nada le pregunté hasta que el tiempo me descubrió lo que sucedia.

No habian pasado muchos dias desde el lamentable suceso que he referido, cuando se presentó en casa un caballero vestido de luto, al cual introduje en el salon sospechando que era el sobrino del difunto. Lo era en efecto, y despues de una discusion muy acalorada se marchó diciendo al salir que volveria acompañado de personas que hiciesen valer sus derechos. Entonces la señora me hizo entrar á la sala, cerró las puertas, y convencida de que nadie podia oirnos mas que su esposo, que, preocupado y pensativo, estaba reclinado en una butaca, me habló en estos términos: En el poco tiempo que nos sirves he comprendido que eres muy buena muchacha y pru-

dente como hay pocas, por lo cual he determinado confiarte un asunto de la mayor importancia.

Me incliné sin responder y la señora continuó:

Ya habrás conocido que la muerte de nuestro buen tío, además del sentimiento que es natural, nos ha ocasionado grandes conflictos: tenia él un sobrino de su difunta esposa, que es el que acaba de salir, y al que por no tener hijos habia educado á su costa procurándole además un empleo en la córte; pero este jóven, por su mala conducta, se ha hecho indigno de la proteccion de su pariente, y aunque le engañaba con cartas llenas de hipocresía y de ficcion ha podido convencerse de su error y del mal proceder de aquel desde su llegada á la península; ahora bien, hace algunos años que estuvo en Madrid, en donde tambien nos hallábamos entonces nosotros, y, segun nos confesó él mismo pocos dias antes de su fallecimiento, otorgó allí su última voluntad, que dejó en poder de

un escribano de la córte y en el citado testamento nombraba heredero de sus cuantiosos bienes al sobrino de su esposa, no dejando á mi marido, que es hijo de una hermana suya, mas que una cantidad insignificante; pero ahora, convencido de su error, y habiéndonos tratado á nosotros y tomado cariño, particularmente al niño chiquito, de quien estaba encantado, revocó el testamento de Madrid, otorgando este otro, (y me enseñó un papel que con sorpresa mia sacó del cajon de la mesa), por el cual nombra á mi esposo único heredero quedando nulo y sin ningun valor cualquier otro testamento que se presente. Ya ves la firma y signo de un escribano y por no encontrarse aquí otros testigos Juan firmó y está dispuesto á jurar, cuando venga la justicia, que vió entrar al notario y otorgar el testamento en vida del tio, y aun que tu no lo viste supongo me creerás sobre mi palabra y lo jurarás tambien.

Sorprendida en gran manera con el discurso de mi dueña, me quedé reflexionando

algunos instantes sin saber que responderle. Por una parte no podia dar cabida en mi mente á la idea de que aquellos señores fuesen capaces de hacer un testamento falso para despojar al legítimo dueño de la herencia que le pertenecia , y por otra no sabia yo cuando podia haberse hecho aquel documento, pues no moviéndome apenas de casa , no habia visto entrar en ella mas que á las personas que habian venido de visita con motivo del luto.

El señor, que no se había mezclado en la conversacion, contentándose con mirarme á hurtadillas de vez en cuando, sin duda para observar el efecto que me producian las palabras de su esposa, me dijo entonces con resolucion: veo que litubeas, Rosa, y por cierto que tus dudas no nos hacen ningun favor; no obstante creo que acabarás por decidirte, y al paso que contribuirás al triunfo de una buena causa , asegurarás tu porvenir porque el premio de tu obediencia serán veinte mil reales, que serán entregados al momento á tu madre ó

á tí misma ó depositados en la caja de Ahorros, pudiendo en fin disponer de ellos del modo que mejor te parezca.

No sé porque esta misma oferta contribuyó á que tomase una decision y al momento contesté resueltamente que estaba determinada á no prestar el juramento, que si la justicia estaba de su parte, Dios haria que triunfase sin mi débil apoyo; pero que yo no habia visto entrar escribano, testigos, ni cosa que se le pareciese, y que no podia por consiguiente, asegurarlo, y menos con juramento. Me es muy doloroso, añadí, no poder complacer á Vs. y hasta siento (lo confieso) renunciar á ganar la recompensa que se me ofrece, que seria una fortuna inmensa para mi anciana y pobre madre; pero antes que todo es la salvacion de mi alma, y por ninguna mira ni interés del mundo quiero comprometerla.

El señor se sonrió con desprecio y nada me contestó.

La señora, por el contrario, montó en cólera y con palabras injuriosas me arrojó



Antes que todo es la salvacion de mi alma.





de su presencia. En aquel momento entró el caballero que poco antes habia salido, acompañado de otros que comprendí eran miembros de justicia, y no se lo que pasó, solo si que el dia siguiente mis amos mandaron á buscar á mi madre y la dijeron que por desobediente y rebelde era indigna de continuar en su servicio. Es inútil añadir que cuando mi madre supo la verdad del caso aplaudió mi conducta, igualmente que el señor cura. Desde entonces no me he vuelto á mover de casa en dónde soy feliz al lado de la persona que mas amo en estemundo, que con su cariño me alienta y fortifica en el trabajo, pues, como sabe V. señora, me ocupo en lavar la ropa de algunas casas, con lo que gano lo suficiente para vivir, y ademas me ha venido una fortuna como llovida del cielo, que mi madre dice que es un premio á mis virtudes: pero yo no me atrevo á creerlo asi porque no me juzgo tan buena. Es el caso que el año pasado murió una señora muy rica pariente del señor cura, y le entregó seiscientos

duros para repartir entre las tres huerfanas mas virtuosas del pueblo, siendo yo una de las agraciadas, por lo tanto tengo doscientos duros en la caja de Ahorros, que para mi es un gran caudal y que me hacen mas gozo que los mil que pudiera haber ganado por un juramento en mi concepto falso.

Mire V. señorita, añadió, volviéndose á Enriqueta, cómo Dios recompensa al que observa fielmente sus divinos preceptos. ¡Si supiera V. cuan feliz soy cuando despues de lavar la ropa en un cristalino arroyo á la sombra de unos frondosos árboles, me retiro á mi casa! Mi madre me recibe llena de gozo, nuestra pequeña habitacion esta brillante de limpieza y reina en ella el mayor orden, gracias á los cuidados de la buena anciana; cenamos á la luz de la luna en el verano y al lado del hogar en el invierno, y despues de una corta plegaria en que levantamos nuestro corazon á Dios dándole gracias por habernos dejado disfrutar paz y tranquilidad durante el dia, nos entregamos

al sueño mas dulce, que no se interrumpe hasta que la rosada luz del alba y los trinos de los pájaros nos anuncian la llegada de un nuevo dia.

¿Y nada mas ha vuelto V. á saber de sus antigüos amos, preguntó Enriqueta, cuya curiosidad se hallaba vivamente escitada?

He sabido, dijo la muchacha, que han sostenido un pleito muy largo y costoso y ultimamente lo han perdido.

¿Y seria falso el testamento que le presentaron á V. ? insistió la niña.

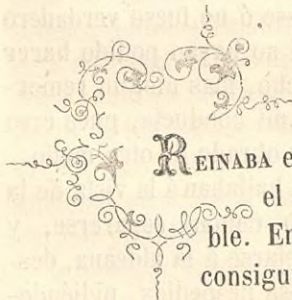
Eso es lo que me guardaré yo de asegurar, dijo Rosa, pero fuese ó no fuese verdadero siento que si es así no hayan podido hacer prevalecer su derecho, mas ningun remordimiento tengo de mi conducta, pues creo que no debia haber obrado de otro modo.

Al llegar aqui se hallaban á la vista de la aldea, en cuyo sitio debian separarse, y nuestra niña vió alejarse á la aldeana, despues de una afectuosa despedida, pidiéndole perdon interiormente del enojo con que la habia visto llegar á su casa.



#### IV.

### Un Domingo bien empleado.



**R**EINABA en casa de D.<sup>a</sup> María el órden mas admirable. Era domingo, y por consiguiente Enriqueta habia llegado el dia anterior, levantándose aquella mañana muy temprano para acom-

pañar á misa á su buena mamá, que al salir de la Iglesia tenia costumbre de entregar á la niña su bolsa para que socorriese á todos los pobrecitos que hallasen por el camino. Cumplida ya esta mision tan dulce como laudable y no habiendo en toda la casa ninguna ocupacion á que entregarse, pues cada cosa ocupaba su lugar y todo brillaba por el esmerado aseo y limpieza, fué á encontrar á su madre y la dijo casi con disgusto. Ahora nada tenemos que hacer ; á menos que por la tarde volvamos á la iglesia ó vayamos á paseo, ¿ en qué pasarémos el resto del dia ?

Por de pronto dijo D.<sup>a</sup> Maria , ven aquí, apóyate conmigo en el alfeizar de esta ventana, desde donde estoy contemplando el rico horizonte que se despliega á mi vista, y hallarémos, que si bien el hablar mucho y de cosas insulsas es un defecto gravísimo, á veces una conversacion prudente y razonada puede sacarle á uno de graves errores, siéndole, en tal caso, de infinita utilidad.

Has dicho que , á no ser que vayamos á la iglesia ó á paseo, no sabias en que ocupar el dia festivo, y esto me hace comprender que tú miras el ir al templo de Dios como un pasatiempo. El Señor crió el mundo y todo cuanto existe en seis dias , y al séptimo descansó , por eso los cristianos despues del trabajo de seis dias , consagramos el séptimo al descanso y á la oracion. Ahora bien : es un deber asistir al santo sacrificio de la misa y el levantar nuestro espíritu á Dios durante el dia para contemplarle , adorarle y darle gracias por sus beneficios : pero esto último puede hacerse lo mismo en la iglesia que en nuestro gabinete , lo mismo levantando los ojos á una imágen que alzándolos á la bóveda celeste, ó contemplando la inmensidad de los mares, la belleza de los astros ó las galas con que en este tiempo se viste la pradera, pues que todo es obra suya. El templo es , sin embargo , el lugar mas oportuno y así nada tan justo como que cuando tengas que pedirle una gracia ó desees tributarle un ho-

menage de gratitud anheles correr á él y prosternarte ante la imágen del Redentor, ó de su santa Madre, porque este culto exterior le es sumamente grato: pero cuando me pidas que te lleve á la iglesia por no saber que hacerte, y para pasar allí un rato con un espíritu frívolo y disipado no te acompañaré.

Tiene V. razon, mamá mia, dijo Enriqueta, pero si yo he dicho estas espresiones, que conozco son imprudentes, ha sido porque mas de una vez las he escuchado á personas mayores, mas como el dia de fiesta lo encuentro todo arreglado, repito que no sé en que entretenerme.

La costumbre de casa, dijo la madre, y la que deseo conserves tú, pues siendo la hija que he elegido y he adoptado, te verás un dia al frente de ella, es hacer el sábado una limpieza general en la casa y en los muebles sacando ropa para las personas, para las camas, para el comedor etc., adornándolo todo á fin de que al dia siguiente ofrezca un aspecto, no solo asea-

do , sino alegre y agradable. El domingo, además de emplearlo en lo que te he dicho, echo las cuentas para saber lo que se ha gastado en la semana anterior , despacho á veces mi correspondencia , y dedico un rato á la lectura útil é instructiva , pues estos trabajos , que se llaman liberales no solo son permitidos , sino que son preferibles á la ociosidad , y por otra parte yo contrage esta costumbre cuando tenia mas familia , y necesitaba los dias de trabajo para la labor , pues hay muchas cosas que un ama de casa no debe entregarlas á las criadas ni otras personas mercenarias.

De aquí descendió la madre á algunos pormenores sobre la economia doméstica y el gobierno interior de una casa de familia, en cuya grata conversacion estuvieron entretenidas hasta la hora de comer. Por la tarde Enriqueta leyó en alta voz algunos capítulos de un librito de moral que su mamá le habia comprado , y á la hora acostumbrada le dijo esta que se preparase para salir un rato. Ahora, añadió, iremos á la



iglesia, donde no permaneceremos mucho tiempo porque pienso dedicar la tarde á otra clase de obras que le son tan gratas al Señor como la misma oracion que le consagramos.

Cuando llegaron al templo se celebraba una funcion en honor de la Virgen. Los acordes sonidos del órgano llenaban de armonia las bóvedas del santuario, las magestuosas voces de los sacerdotes, alternaban con las dulces y argentinas de algunos niños, y la imágen de María se hallaba en el altar mayor sencillamente decorado con algunas luces y muchas flores.

Doña María, modelo de piedad, se postuló ante el altar con humildad y recogimiento, pero sin afectacion é hipocresía, y Enriqueta que procuraba imitar en todas ocasiones la actitud y ejemplo de su bienhechora, pedia perdon á Dios interiormente de las veces que habia ido á su santo templo con menes cristianas disposiciones.

Empezóse el sermón, cuyo tema era sacado de aquellas palabras del Redentor:

«Mi casa es casa de oracion.» Luego de concluido , D.<sup>a</sup> María salió con la niña para dirigirse á una casa de miserable aspecto que se hallaba á corta distancia, y por el camino le dijo con dulzura. Esta tarde, querida, no te divertirás tanto como otras , ni te será muy agradable la visita que vamos á hacer , pero te quejabas de que no sabias como emplear el domingo y yo he querido que le santificáras conmigo , además que deseo te familiarices con los degraiciados para que el aspecto de su miseria no te repugne y retraiga de aliviar su suerte, como sucede con algunas personas bien acomodadas, que ignoran los sufrimientos de sus hermanos porque nunca han atravesado el dintel de la cabaña de un pobre.

Así hablando , llegaron á la casa en cuyo portal jugaban dos niños escuálidos y haraposos , el uno de unos siete años y el otro como de tres , los que á la vista de la señora y de la niña, se llenaron de gozo corriendo el pequeño á acariciarlas mientras el mayor entraba en la casa diciendo:

«Madre, ahora viene aquella señora que nos trae siempre dinero y cosas buenas.»

Doña María se sonrió del modo con que era anunciada, y al punto salió á recibirla una muger jóven, cuyas facciones semejantes á la de los niños, y pobre trage, daban claros indicios de que era su madre.

Un cuarto con su alcoba y una cocina contigua formaban toda la habitacion, cuyas ventanas estaban cerradas á escepcion de un postigo, que tenia un papel en lugar de cristal.

La alcoba estaba casi cerrada con unas grandes cortinas de color oscuro, que dejaban penetrar en ella tan escasa claridad, que apenas se distinguian los objetos á pesar de no haberse puesto aun el sol: todo esto y una atmósfera sofocante que reinaba en aquella estancia hicieron que las recién llegadas entrasen en ella con el corazon oprimido.

Enriqueta contemplaba conmovida la pobreza de aquellas buenas gentes, mientras

su madre preguntaba á la dueña de la casa por el estado de salud de su esposo.

Sigue muy enfermo, señora, contestó la muger en voz baja para que el paciente no la entendiera, sufre unas calenturas intermitentes, pero ha llegado á tanto su prostracion y debilidad que aun el dia que le deja la fiebre, no puede levantarse, siendo lo peor que todos nuestros recursos se agotan y no sé como le asistiré en adelante.

Doña María entró á ver al enfermo, al que dirigió algunas frases afectuosas y consoladoras.

El pobre hombre respondió con palabras entrecortadas, y con voz débil y fatigosa, y la señora le dejó, suplicándole que no se molestase y que procurára descansar y tranquilizarse.

Los tres niños habian quedado en la sala, y Enriqueta experimentaba cierta repugnancia al ver á los otros tan miserables y desaliñados, pero conociendo que si su mamá pudiera leer en su corazon reprobalaria aquel sentimiento, procuró vencerle y

acarició al mas pequeño , dándole algunos dulces que llevaba en el bolsillo.

Es preciso que el primer dia que el enfermo se levante deje esta habitacion baja , húmeda é insalubre, salia diciendo D.<sup>a</sup> María, vendrá V. á casa y una de las doncellas le acompañará á la que yo le destino. Sabe V. que yo tengo algunas casas en este pueblo , que por ofrecer alguna mas comodidad que las restantes de él están siempre alquiladas ; no obstante, el mayordomo me avisó que se habia desocupado una que me parece será á propósito para V. , y , como recuerdo me manifestó V. que una de las cosas que mas les habian apurado durante el último invierno de penuria y escasez , era el tener que pagar esta miserable casucha , pueden estar tranquilos en esta parte , pues , como quiera que yo no lo necesite con urgencia , no molestaré á Vds. Tendrán un segundo piso algo reducido , pero sano , alegre y ventilado , las paredes están blanqueadas si bien bastante secas para que el enfermo pueda habitar sin peli-

gro. La ventana que está enfrente de la alcoba tiene cristales, mas procurad abrirlos con frecuencia mayormente ahora que viene el buen tiempo, para que se renueve el aire, pues la atmósfera viciada que se respira aquí no puede menos de perjudicar al doliente. En cuanto á las cortinas, si no las tiene V. blancas y delgadas, vale mas que no ponga ningunas, porque esos lienzos espesos impiden la circulacion del aire. Mañana enviaré alguna ropa blanca para que pueda V. mudar la cama con mas frecuencia, y, finalmente, aquí tiene V. algun dinero, que espero distribuya con tanta prudencia como las últimas cantidades que ha recibido, pues harto cara han pagado Vds. su imprevision del verano próximo pasado que ciertamente se hubieran ahorrado graves desazones si entónces hubieran economizado el producto de su pequeña cosecha, y aun acaso la misma enfermedad que aqueja á este buen hombre y afflige á V. no hubiera venido sin las privaciones á que ha debido sujetarse, junto con la affliccion que

debe causarle el no tener pan para estos pobrecitos.

Dispense V. amiga mia, si me atrevo á hacerle estas advertencias: pero V. casó muy jóven y además no habia tenido una madre que le enseñara con la voz y el ejemplo los deberes domésticos: yo tengo muy presentes los consejos de la mia, y he conocido despues por esperiencia que una muger, ya sea esposa de un hombre rico, ya pertenezca al mas pobre jornalero, contribuye de un modo eficaz á su prosperidad ó á su ruina.

La jóven le manifestó que léjos de estar resentida no sabia como espresar su gratitud á tantos beneficios y tan prudentes consejos, y despidiéndose afectuosamente, se separaron.

Cuando salieron del pueblo, era ya la hora del crepúsculo, pero como estuviese el tiempo sereno y apacible, determinaron dar un pequeño rodeo por una amena floresta en la que Enriqueta gozó escesivamente

cogiendo un ramo de flores silvestres, que le regaló á su mamá.

Cerca de su vivienda, caminaba despacio y algo cansada cuando divisó entre unas matas una luz que brillaba como una estrella. Enagenada de gozo fué á buscarla. Era una luciérnaga y la regaló tambien á su mamá para que la colocase entre las flores.

No quisiera hacerte un desaire, dijo la buena señora, pero ¿no valdria mas que conservase la vida y la libertad este pobre animalito que no retenerlo prisionero? Cuando lleguemos á nuestra sala iluminada, ella no brillará y mañana tampoco, pues no reluce mas que en la obscuridad; además que si la encierro para que no se vaya se morirá al momento, mientras las flores que pondré en un jarro de agua, me recordarán mañana la fineza que hoy te he debido.

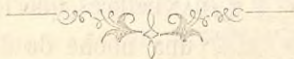
La niña sin replicar palabra volvió á coger el insecto cuidadosamente entre sus dedos y corrió á ponerle sobre una rama de granado silvestre, alejándose al momento



no sin volver la cabeza varias veces hasta que perdió de vista su fosfórica luz.

Llegada á casa, despues de una cena frugal, y de haber recitado sus oraciones se fué á recoger y al abrazar á su buena mamá, como tenia de costumbre, le dijo con una dulce espresion de júbilo:

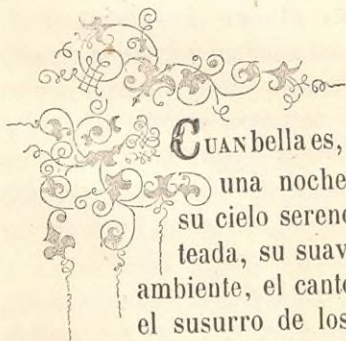
¡Qué dia tan feliz hemos pasado hoy, mamá querida! Sí, hija de mi alma, contesto aquella, ha sido *un domingo bien empleado.*





V.

**El Peregrino.**



**C**UAN bella es, queridas mias,  
una noche de Mayo con  
su cielo sereno, su luna pla-  
teada, su suave y perfumado  
ambiente, el canto de las aves y  
el susurro de los insectos ! En  
una de estas noches se hallaba Enriqueta

sentada al lado de su buena mamá frente á la entrada de su casa, en donde esta habia mandado construir una pequeña glorieta, en que los árboles colocados inmediatos los unos á los otros conservaban una agradable frescura. En el fondo habia un banco de piedra cubierto con un toldo de enredaderas y jazmines... desde allí se percibia el dulce murmullo de una fuente y el melodioso canto de los ruiseñores, de manera que parecia que la poética imaginacion de la jóven viuda se habia esforzado en reunir en aquel lugar los atractivos del arte á los de la naturaleza.

Enriqueta que se entretenia en deshojar flores lanzó de pronto un suspiro, y dijo: ¡mañana otra vez al colegio!... muy bien estoy allí, muy dichosa soy y conozco lo mucho que tengo que agradecer á las personas que se desvelan por mi educacion, mucho las amo tambien, pero á V. mamá mia, la quiero tanto que cada vez que hemos de separarnos se me hace mas pesado y deseo saber pronto todo lo necesario para

que V me traiga á su lado y no dejarla un momento. Ya verá V. como no le daré ningun disgusto y procuraré complacerla en todo. ¿Y ese cariño que me tienes ha borrado de tu mente el recuerdo de otras personas que son las primeras despues de Dios? dijo doña María.

¡Ah! no, señora, contestó vivamente la niña, V. quiere decir de papá y mamá, pues no los he olvidado : de papá á decir verdad, ya no me acuerdo porque era muy chiquita cuando murió en la guerra... ¡qué cosa tan mala será la guerra, mamá, que hace que los hombres se maten los unos á los otros y que un buen padre deje solas en el mundo á su esposa y á su hija! De mamá me acuerdo mucho, pero el señor cura dice que los buenos cuando mueren se van al cielo, por eso creo que ellos están en el cielo, y todos los dias les rezo. Yo estoy cierta que si me pudieran hablar me encargarian que la quisiese á V. mucho, porque no tengo mas madre que V., y seria una ingrata si no la amase con toda mi alma.

Aquí llegaban de su conversacion cuando un pobre en trage de peregrino y andando con suma dificultad se acercó lentamente á la puerta de la casa.

Estraño era que estando la noche tan avanzada llegase un mendigo á aquella casa solitaria, así es que la señora, movida á curiosidad, salió de su agradable estancia seguida de Enriqueta y preguntó al pobre, que ya hablaba con un criado, la causa de implorar la caridad pública á hora tan avanzada. Señora, dijo el pobre que era un jóven como de veinte y dos años, confiaba llegar al pueblo que no está muy léjos de aquí, segun me han dicho, pero he tenido la desgracia de torcerme un pié y son tales los dolores que sufro que me será imposible llegar, así es que si V. tiene la bondad de mandar se me dé un poco de pan, porque estoy defallecido, pasaré la noche recostado al pié de un árbol.

Entre V., buen hombre, dijo la viuda dirigiéndose al pobre jóven y reparando entonces que le faltaba el brazo derecho; y

obligándole á entrar en una sala baja, mandó al criado que le hiciese poner el pié en un lebrillo de agua fresca, y que despues se lo vendase cuidadosamente. Ella misma presidió estas operaciones, disponiendo en seguida se le sirviesen algunos manjares, que el infeliz devoró con avidez. Mientras cenaba, la señora tuvo la amabilidad de ponerse cerca de él, Enriqueta le contemplaba con lágrimas en los ojos, y cuando hubo concluido, como hiciese accion de querer levantarse, aquella le dijo que no tuviese prisa en retirarse, pues habia determinado darle acogida aquella noche, y por la mañana podria continuar su camino, mas aliviado, sin duda, de su pié, ya por la accion del agua fria ya tambien por el canso.

¡Ay! señora, dijo el peregrino, yo no soy acreedor á tantas bondades. Lo sois desde luego porque os veo desgraciado, y siempre el que sufre merece la compasion y el respeto de sus semejantes. — ¡Aun cuando estos sufrimientos sean el efecto de

sus extravíos y el justo castigo de un Dios irritado?

—Con mas motivo entonces, hermano mio, pues ni aun tiene la satisfaccion interior que produce una conciencia tranquila, y doblemente afligido por la justa indignacion del Cielo y por los latidos de un corazon destrozado por los remordimientos, es acreedor á que sus hermanos, no solo procuren dulcificar su suerte, si no á que dirijan por él ruegos humildes y fraternales al Padre de las misericordias.

Bendito sea Dios, exclamó el mendigo: las palabras de V. señora, son las primeras que se me han dirigido dulces y compasivas de muchos años acá, y al oirlas de sus labios me han parecido escuchar la voz de un ángel que me anuncia de parte del Señor que está dispuesto á aceptar mi espacion y á concederme su gracia.

Habia en las palabras del jóven un acento de profundo dolor y arrepentimiento. su voz era conmovida y llevó su única mano á los ojos para ocultar las lágrimas.

Mi historia es muy triste y nada ejemplar por cierto, prosiguió, pero, si V. me lo permite, la referiré delante de esa señorita, que sin duda es hija suya, para que aprenda con mis desgracias y mis remordimientos la suerte que está reservada á los malos hijos.

Mi padre era un comerciante regularmente acomodado, y yo el menor de sus dos únicos hijos, habiendo perdido á mi madre en muy tierna edad. El mayor estaba destinado tambien al comercio, y yo habia aprendido desde muy jovencillo el oficio de confitero, en el que á los 19 años era ya bastante hábil, esperando mi padre á que tuviese alguna mas edad y sensatez para ponerme una tienda.

Un dia que era víspera de fiesta, algunos compañeros de mi edad, me invitaron á pasar con ellos la noche, cenar en la fonda y despues salir á cantar y bromear por las calles, y yo les dí palabra de ir, sin sospechar que mi padre pudiera negarme el consentimiento: pero cuando se lo dije se opuso terminantemente. Yo insistí y él se in-



comodó. Entonces en mal hora me asaltó la idea de la rechifla de que seria objeto por parte de mis compañeros cuando supieran que no me habian permitido salir de casa, y le manifesté con insolencia que habia dado palabra de asistir á aquella reunion, y que iria aun que fuera contra su voluntad, á lo que mi padre contestó con calma que me lo mirase bien pues que el hijo rebelde que saliese de su casa contra sus órdenes, no volveria á entrar en ella.

Debo confesarlo con rubor, señora, no era la primera vez que desobedecia al autor de mis dias.

Yo creí que, como en otras ocasiones, aquella amenaza no tendria mas objeto que atemorizarme, y sin hacer caso de ella ni contestar mas palabra me dirigí á la fonda donde ya me esperaban mis amigos. Empero contra lo que me habia prometido, no me divertí ni disfruté de tranquilidad ni alegría, persiguiéndome el recuerdo de la desagradable escena doméstica que aquella diversion habia motivado.

Por la mañana me retiré el primero, llamé una y otra vez á nuestra puerta, pero nadie respondia : repetí los aldabazos y al fin salió la criada, la cual me dijo que habia órden de mi padre de no permitirme la entrada. Le dije que le suplicase en mi nombre me perdonase aquella vez , que no volveria á desobedecerle ; pero habiendo entrado el recado volvió á salir diciéndome de su parte que no habia perdon para tales faltas y que ya me habia intimado la noche antes el castigo que me impondria por mi desobediencia.

Viéndome tan bruscamente arrojado de la casa paterna, y sin recursos de ninguna clase, desesperado y llorando de despecho me presenté en la comandancia militar y senté plaza de soldado : al poco tiempo tuve que marchar, y aun que estaba muy afligido me sostenia la esperanza de que mi padre, que sabia el partido que habia tomado, me escribiria perdonándome y aun tal vez pondria un sustituto y me seria dado volver al seno de mi familia, mas mi confianza era

vana y de dia en dia iba debilitándose el valor que me inspirara.

Por fin pasado un año, no atreviéndome á escribir á mi padre lo hice á mi hermano para que intercediese por mí y no recibí respuesta alguna : lo hice al autor de mis dias y tampoco. Ya hacia tres años que servia y empezaba á resignarme con mi dura suerte, habiéndome acostumbrado á la disciplina militar ; pero el cielo me reservaba aun mas terrible castigo. Cerca de un pueblecito en que nos hallábamos de guarnicion se levantó una cuadrilla de malhechores que robaban y molestaban á los transeuntes, y mandó la autoridad que saliese en su persecucion una partida de soldados, entre los cuales tuve la desgracia de ir yo, y de que en la primera escaramuza me atravesase una bala el brazo derecho.

Fuí conducido al hospital, donde despues de muchos padecimientos tuve que sufrir la amputacion del brazo, y cuando salí curado me entregaron la licencia absoluta. Entonces volví á la casa de mi padre, sin pre-

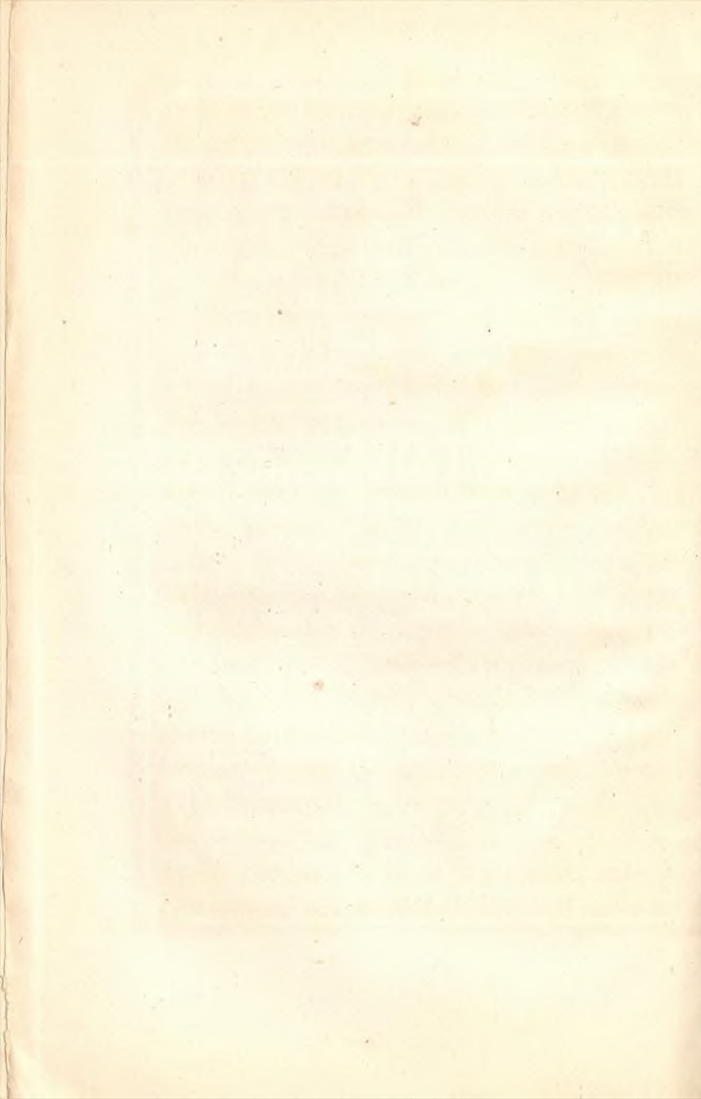
venirlo antes, no dudando que mi triste situación le conmoviera, y que mi presencia en tan lastimoso estado sería mas elocuente que cuanto pudiera manifestarle si hubiese hecho que le escribieran.

Llamé á la puerta conmovido y agitado y salió á abrirme una jóven desconocida para mí, pero que por su traje y por su porte conocí que no era criada. Le anuncié mi nombre y ella me dijo con frialdad que era la dueña de la casa y que no había oído mencionar que hubiese semejante individuo en la familia, que esto no obstante podía esperar á que viniese su marido. Y dicho esto me introdujo en la antesala donde me dejó solo.

No había vuelto aun de mi sorpresa cuando llamaron de nuevo y se presentó mi hermano. Verle, pronunciar este nombre tan dulce y arrojarme en sus brazos, fué obra de un instante; pero él me rechazó bruscamente diciendo que el asesino de su padre no era su hermano. A tan duras palabras cuyo horrible significado conocí al momen-



El Peregrino.



to, las fuerzas me abandonaron y caí desplomado sobre la silla de que acababa de levantarme..... Cuando la emociion me permitió hablar le conté todo lo ocurrido, concluyendo por suplicarle se compadeciese de mí, pues si él me negaba un asilo en su casa no me quedaba mas recurso que mendigar el sustento.

El me dijo que mi padre esperaba que yo pusiese por empeño á nuestros parientes y amigos, y que su intencion era recibirme en su casa pasado algun tiempo, pero que mi pronta resolucion de sentar plaza acabó de irritarle, jurando entonces que me dejaria sufrir mi suerte sin dar ningun paso en favor mio; que mientras yo esperaba carta suya, en casa la aguardaban mia; pero que cuando se recibieron las mias mi padre habia ya fallecido víctima de una penosa y larga enfermedad, acusándome de ingrato, culpándome de su muerte é instituyendo á mi hermano único heredero de sus bienes: que él hacia poco se habia casado y como mi solo nombre le suscitaba recuerdos do-

lorosos, no le habia pronunciado nunca delante de su esposa.

En vano manifesté entónces mi verdadero arrepentimiento, en vano mi misma cuñada unió sus ruegos á los míos para que mi desnaturalizado hermano me admitiese en su casa: éste se mantuvo inflexible, y por segunda vez, fuí arrojado del hogar paterno, despidiéndome con amargura de todos aquellos objetos testigos de mi infancia feliz y de mis juegos inocentes. Comprendí entónces que solo un Dios irritado y justiciero podia infundir tal dureza en el corazon de un hermano, y pronunciando un doloroso á Dios, bajé lentamente la escalera.

Mi porvenir es la miseria y mi única esperanza, aplacar la justa cólera del cielo para que, haciéndome espiar mis culpas en esta vida, me perdone en la eterna. Con este objeto he emprendido una peregrinacion en que visitaré los principales santuarios de España y despues pasaré á Roma. Creo, repito, que, Dios se sirve aceptar mi



espiacion , pues ha puesto un ángel en la senda del pobre peregrino , y por un acto de infinita clemencia , permitió que me torciese el pié para que llegase hasta aquí á que V. , señora, me infundiese aliento y esperanza. Sí, amigo mio, le dijo D.<sup>a</sup> Maria, sí, esté V. en esa dulce persuasion : el Evangelio nos dice que los ángeles del Señor no hacen tanta fiesta en el cielo por noventa y nueve justos que se salven, como un solo pecador que arrepentido haga penitencia. Dimas, Saulo y María Magdalena, fueron mayores pecadores que V. , y en el dia los veneramos sobre nuestros altares.

Ya vé V. señorita , como Dios castiga á los malos hijos , dijo el pobre mirando á Enriqueta.

Pues á mí no me castigará por eso , dijo la niña, porque quiero muchísimo á mi mamá , y haré siempre lo que me mande , y diciendo esto la abrazo estrechamente.

Sí, hija de mi alma, contestó la prudente madre, eso es mucho mas sencillo, porque si bien hay dos caminos que conducen

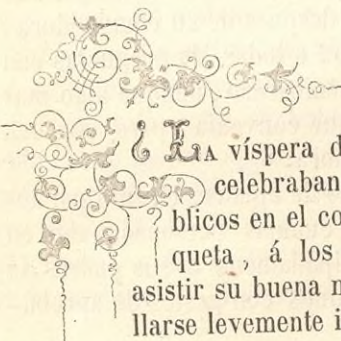
al Señor, que son el de la inocencia y el de la penitencia, el primero está sembrado de cándidas flores, y en el segundo ya ves cuantas espinas encuentra este infeliz.





## VI.

### Enemistad y reconciliacion.



LA víspera de San Juan se celebraban exámenes públicos en el colegio de Enriqueta, á los que no pudo asistir su buena mamá por hallarse levemente indispuesta. No habia mas que un premio para la que mas

se distinguiese en todas las asignaturas , y este consistia en un precioso *neceser* para la labor , que debia adjudicarse á presencia de los convidados. Cada niña habia hecho todos los esfuerzos posibles para alcanzarlo , pues reinaba entre ellas la mas noble emulacion , pero todas congeturaban que recaeria ó en Enriqueta , cuya aplicacion al estudio y primor en las labores merecia ciertamente una recompensa, ó en Clotilde, cuya portentosa memoria era causa de que siempre recitase sus lecciones sin olvidar ni una coma.

Nuestra pequeña heroina tenia que sufrir el exámen despues de su competidora , la cual satisfizo , á todas las preguntas con precision y desembarazo , aunque algo mas aprisa de lo que convenia , pero con una voz clara y sonora.

Un murmullo de aplauso circuló por todo el salon , y cuantas personas habia en él dieron anticipadamente á sus padres la enhorabuena , unos con gestos de aproba-

cion, otros hablando en voz baja y los mas próximos estrechándoles la mano.

Los niños tienen ojos de lince para ver estas cosas ; todas nuestras colegialas comprendieron que el premio estaba ya ganado á juicio del público , y se presentaron desanimadas particularmente , Enriqueta , que contestó con voz débil y entrecortada á las preguntas que se le hicieron , y aunque comprendia perfectamente los asuntos sobre que versaban se equivocó repidas veces.

Terminados los exámenes , la Directora suplicó á los jueces que no se dejasen deslumbrar por los aparentes dotes de las niñas , y que se volviese á preguntar particularmente á aquellas cuyas delicadas labores habian merecido la aprobacion general , y que ella sabia se habian distinguido todo el año por su aplicacion y buen comportamiento , añadiendo que nadie mejor que ella sabia las buenas cualidades de sus discípulas, y que no temia de ningun modo se la acusase de parcialidad porque tenia

demasiado acreditado su celo por la enseñanza.

Su pensamiento fué aprobado y designó entre otras varias á Enriqueta, la cual, al ser llamada segunda vez á la plataforma, sintió latir el corazón de esperanza, y dejó encantados á los circunstantes con la precisión y claridad de sus respuestas. Esta vez, queridas, nuestra amiguita triunfó definitivamente y le fué adjudicada la alhaja que recibió llena de gozo y entusiasmo. Terminada la función, y cuando toda la concurrencia se hubo retirado, las condiscípulas acudieron á felicitar á la dichosa laureada, menos Clotilde, que, pronta á prorrumpir en llanto, se mantenía á cierta distancia. La amable profesora también le dió la enhorabuena ecsortando á todas á que con la misma aplicación procurasen obtener igual recompensa en los ecsámenes sucesivos, y les permitió bajar al jardín á divertirse el resto de la tarde.

El tierno corazón de Enriqueta, experimentó aquel día gratas emociones, pero

nada le era tan dulce como la idea de la satisfaccion que iba á proporcionar al dia siguiente á su amorosa madre , pues la fiesta de S. Juan le tocaba pasarla en su compañía.

Llegadas al jardin las niñas mas juguetonas empezaron á hacer travesuras inocentes , en que tambien tomó parte la premiada , pero faltaba una que pusiese los juegos, y al momento se acordaron de Clotilde , que era muy á propósito , mas no estaba allí. Buscáronla por todas partes y la hallaron en lo mas escondido de un bosquecillo , pues irritada de la injusticia , que decia se le habia hecho , no queria mezclarse en los juegos ni mucho menos acercarse á Enriqueta. Algunas , despues de instarle para que abandonase aquel sitio y se distrajera con ellas , la dejaron estar , mas otras , fuese por compasion ó porque participasen del innoble sentimiento que se habia apoderado de su alma , se quedaron con ella y poco á poco fué reuniendo un pequeño séquito á modo de un monarca des-

tronado : pronto las niñas estuvieron divididas en dos bandos, y, como en todas partes en donde se introduce la desunion se acabó la alegría. Ya no se jugó ni se hizo nada. En el partido de Enriqueta, hubo algunas compañeras de buen corazon que le propusieron fuese á abrazar á Clotilde y consolarla de su derrota, y que así se reconciliarian para siempre, mas ella enorgullecida con su triunfo, contestó que el paso que le proponian, era humillante, y que en nada habia ofendido á Clotilde, antes bien ella habia faltado en no darle la enhorabuena como las demás, prorumpiendo en dicterios contra ella.

La Directora, por supuesto, nada ignoraba de lo que ocurría, y aquella noche recibieron un billete los padres de Clotilde y otro la madre de Enriqueta, para que no esperasen á sus niñas al dia siguiente, y ellas la órden de permanecer arrestadas en su cuarto durante veinte y cuatro horas.

No me detendré en pintaros la tristeza de Enriqueta, y cuanto le afectó el ver



frustradas sus esperanzas y el pensar en el disgusto que ocasionaba á su querida madre. Tampoco la seguirémos en su arresto, pues cada una de vosotras puede ponerse en su lugar y hacerse cargo del tardío arrepentimiento que experimentaria por no haber sido mas humilde, y no haber tratado de reconciliarse con su compañera. Aquella noche durmió poco é hizo penosas reflexiones: el dia siguiente se pasó del mismo modo y le fué servida la comida en su cuarto. Terminada esta, la pobre presa se recostó un poco y durmió algunas horas, pareciéndole que entre sueños oía pasos en la habitacion.

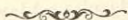
Cuando despertó vió sobre su mesita un manuscrito en que antes no habia reparado, y como deseaba entretenerse en algo, porque aquel dia era para ella interminable, lo tomó, y leyó su contenido, que no debió disgustarle, pues no le dejó hasta haber terminado su lectura. Exactamente lo mismo que á Enriqueta le habia sucedido á Clotilde.

Por fin llegó la noche, se encendieron luces, se dispuso la cena y sonó la suspirada hora en que á nuestras dos reclusas se les levantó el arresto y fueron invitadas para pasar al comedor.

Allí su primer movimiento fué pedir perdón á la Directora, y luego, espontáneamente y como movidas por un resorte arrojáronse la una en brazos de la otra y con la voz embargada por los sollozos diéronse repetidos besos, prometiéndose, luego que pudieron hablar, amistad verdadera é inalterable. Esta tierna escena conmovió á todas las compañeras y creo que á vosotras también, queridas niñas, os habrá conmovido y que, como ellas, no sabreis á que atribuir tan súbita mudanza, puesto que á nadie habrán visto en todo el día y nadie por consiguiente había podido aconsejarles este acto de arrepentimiento. ¿Le habrá producido la lectura de los manuscritos?....

Es probable; el contenido del que leyó Clotilde es el siguiente:

## CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.



### I.

Sobre una soledad triste y fragosa  
Arroja el sol su moribunda llama,  
Un hombre vaga allí con paso errante  
Y siniestro fulgor en la mirada :

Vuela al aire el cabello descompuesto,  
Abundante sudor su frente baña  
Y ocultar con horror sus manos quiere  
¡ Sus manos que de sangre están manchadas !

Es Cain el inicuo fratricida  
Que al justo hermano de inmolar acaba,  
Y la sangre de Abel pura, inocente  
Ante el trono de Dios, venganza clama.

La envidia fué quien levantó su brazo,  
La negra envidia emponzoñó su alma  
Porque Abel sacrificios ofrecia  
Y benigno el Señor los aceptaba ,

Ora inmolase cándidas palomas  
Ora una oveja cual la nieve blanca ;  
El hermano culpable se ve libre  
De aquel cuyas virtudes envidiára ,

Mas ¿quién lo librará de la congoja  
Y el duro torcedor que le acompaña ?  
¿Dónde podrá cuitado guarecerse  
Que de Dios no le alcancen las miradas?....

II.

En un hogar feliz en otro tiempo  
Se encuentra una familia dilatada,  
Su jefe es un anciano venerable  
Que en muestra de dolor mesa sus canas.

Abundante raudal de amargo llanto  
Corre por sus mejillas demacradas,  
Y estrecha con sus manos temblorosas  
Un vestido que cubren rojas manchas.

El anciano es Jacob, José inocente  
Fué vendido y llevado á tierra estraña ,  
Y todos sus hermanos delincuentes,  
Por ocultar tan criminal hazaña ,

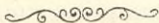
La túnica á su padre presentaron  
Con sangre de un cordero mancillada.  
¿Qué motiva el dolor del triste viejo ?  
¿Qué motiva del hijo la desgracia ?

¿Quién en las almas de sus once hermanos  
Designios tan nefandos inspirára ?  
La envidia á que los mueve su inocencia.....  
¡ Siempre la envidia envenenando el alma!

Jóvenes, por favor, si en vuestro pecho  
Ha llegado á prender su impura llama,  
Trabajad, trabajad sin tregua alguna  
Para triunfar de la pasión mas baja  
Que, si no la venceis en la edad tierna,  
Será la perdición de vuestras almas.

El manuscrito que Enriqueta halló sobre  
su mesa decia así :

## EL PERDON DE LAS INJURIAS.



El monarca poderoso  
De un imperio dilatado  
Tiene un ministro á su lado  
A quien ama con pasion,  
Y este privado que goza  
De mas favor cada dia  
Hace poco que gemía  
En una estrecha prision.

De sus hermanos la envidia  
A esclavitud le redujo,  
La calumnia le condujo  
A negra cárcel despues,  
Mas hoy libre y venturoso  
Gobierna el imperio entero,  
Porque el ministro extranjero  
Prudente y pródigo és.

Por don profético y raro  
É interpretando un ensueño  
Del porvenir se hace dueño  
Para obrar con prevision,  
Y cuando falta de mieses  
Se siente en otras regiones  
Rebosan de provisiones  
Las arcas de Faraon.

A comprar el trigo acuden  
De los pueblos mas lejanos,  
Y van tambien los hermanos  
Del valido sábio y fiel,  
Que no sospechan hallarle  
Tan honrado y opulento,  
Pero él conoce al momento  
A los hijos de Israel.

El fruto de su delito  
Han gozado impunemente,  
De la victima inocente  
No guardan recuerdo, nó;  
Pero el privado les dice  
*Soy vuestro hermano, vendido*  
Y ya el instante temido  
De la venganza sonó.

Mas que venganza ! su acento  
Es dulce y suave, sus ojos,  
En vez de rayos de enojos,  
Lanzan miradas de amor.  
*José os perdona*, les dice,  
En su desgracia os amaba  
Y entre prisiones rogaba  
Por vosotros al Señor.

Venid, yo os abro los brazos,  
Volved al suelo nativo,  
Decid al padre que vivo,  
Pintadle mi amor tambien :  
Y añadid que ver anhelo  
A mi familia querida  
Felizmente establecida  
En la tierra de Gesen.

Gozo inefable inundaba  
Su corazon generoso,  
Porque nadie es mas dichoso  
Que el que goza en perdonar,  
Y el alma noble, elevada  
Cuanto mas herida gime  
Mejor se esfuerza sublime  
Por sufrir y por amar.



El Señor , su faz aparta  
De las niñas rencorosas,  
Y á las almas generosas  
Les promete su perdon,  
Que no hay palabras mas gratas  
Para sus castos oidos  
Que estos nombres tan queridos :  
« Amor , reconciliacion ! »


Clotilde y Enriqueta se profesaron en adelante un verdadero afecto, esforzándose en borrar con su buen comportamiento la memoria de aquel desgraciado incidente, y la union y la armonía volvieron á reinar en el colegio.





## VII.

### La hija del labrador.



LA madre adoptiva de nuestra Enriqueta tenia no lejos de la casa de campo que habitaba otra hermosa heredad confiada á unos colonos, gente honrada y

laboriosa, cuya mayor satisfaccion era que su bondadosa señora fuese á complacerse en el órden y esmero con que cultivaban sus campos. El gefe de la familia era un viejecito que ya no podia trabajar por su edad avanzada, y su hijo y nuera, con algunos criados de labranza, cultivaban aquella hermosa huerta abundante en legumbres y cereales.

Estos felices esposos solo tenian una hija rústica en sus modales, pero sencilla y candorosa como una flor del prado. Cármen, que así se llamaba la niña, tenia poca mas edad que Enriqueta, á quien amaba en extremo y con la que habia pasado algunos ratos antes de que esta ingresase en el colegio, rogando desde entonces á su buena mamá, siempre que tenia ocasion, que la llevase al campo el dia que se dignase ir á verlos.

El dia de la Vírgen del Cármen fué el designado para ir á la posesion con el doble motivo de ser los dias de la compañera de Enriqueta, y de que esta viese á los labradores afanados en los trabajos de la tri-

lla. La niña, que ya habia obtenido el perdón de su mamá por la falta del mes anterior, pasó la mañana á su lado, y por la tarde, cuando el sol hubo declinado algun tanto, se dirigieron á la casa del labrador, no sin proveerse Enriqueta de algunos regalos para Cármen.

Al llegar D.<sup>a</sup> María llamó la atencion de su hija hácia aquella actividad que se nota en torno de una casa de labor: en una era algunos mozos estaban trillando al son de su canto alegre, y en otra no muy distante aventaban los otros el grano á favor de un aire fresco y agradable que acababa de levantarse. Francisco, que presidia los trabajos, en cuanto vió de léjos á la señora llamó á su esposa y niña que llegaron á saludarlas llenas de gozo, si bien la última encarnada como una cereza, no sabia como expresar su satisfaccion.

Pronto, sin embargo, fué perdiendo su embarazo á vista de la amabilidad de su compañera, y juntas corrieron por las eras, subieron al trillo y luego mientras D.<sup>a</sup> Ma-

ría daba algunas órdenes á los labradores, fueron á ver las colmenas, en que las abejas trabajaban sus dulces panales, mas avisadas por el abuelo de Cármen que las observaba, para que no se acercasen mucho por no esponerse á las picadas de aquellos industriosos insectos, tan celosos de su propiedad, le rogaron al anciano que fuese con ellas al aprisco en que tenían algunas cabras y les ordeñase una: allí sentadas sobre la yerba comieron pan blando mojado en leche caliente, y terminada la merienda el viejecito, que era muy amable, las acompañó á ver las gallinas y los palomos. Enriqueta entró de puntillas por no despertar las gallinas que ya estaban recogidas y sacó un par de huevos que habian puesto aquella tarde. Cuando visitaron el palomar, Cármen cogió un par de pichones blancos como la nieve y se los regaló á su jóven señorita, como ella le llamaba, para que conservase un recuerdo del dia de la Vírgen.

Encantada estaba la niña de todo cuanto veia, de modo que recibió con sentimiento el

aviso que su madre le envió para prepararse á regresar á casa, porque ya era tarde. Cármen quiso acompañarlas para llevar los pichoncitos, que colocó en un canastillo, y por el camino fueron las dos niñas contemplándolos y acariciándolos. Mire V., le decían á D.<sup>a</sup> María, ¿ha observado que blancos son y que hermosos? ¿le gustan á usted?

Sí, hijas mías, me gustan como todo lo que es cándido y hermoso, respondió la madre. Una paloma blanca simboliza la pureza.

Ya lo he oído decir, repuso Enriqueta, pero ¿porque han escogido ese color y no otro alguno?

—¿En qué vestido se conoce mas el polvo que hemos cogido en el camino, en ese tuyo blanco ó en el mio de color de tórtola?

—En el mio, porque no admite ninguna mancha sin que resalte al momento sobre su blancura.

—Pues por esa razon es que se ha escogido ese color para simbolizar el alma pu-

ra é inmaculada. ¡Cuál es la mas blanca de todas las flores y la que menos admite una mancha sin que desmerezca notablemente? me direis que la azucena: pues por eso se acostumbra á darle la preferencia para adornar con ella los altares de la Vírgen María, que fué la mas inocente de todas las criaturas.

A mí me gustan mucho las flores blancas, y los corderos blancos tambien, dijo Cármen.

Los corderos blancos, dijo la señora, machos, de un año y sin la menor mancha eran los que sacrificaban los Israelitas el dia de la Pascua, en memoria de su rescate, y aquellos corderos eran la figura de Jesucristo, que era varon, jóven é inocente sin sombra de pecado.

Pero ningun cordero ni nada hay tan blanco como estos animalitos, dijo Enriqueta que no acertaba á mirar otra cosa que sus palomos ni hablar mas que de ellos.

Todavía hay otros, dijo la madre, cuyas cualidades voy á esplicaros, pero apresurad

el paso porque se hace demasiado tarde y Cármen tendria que regresar de noche á su morada. El arminio, prosiguió, es un cuadrúpedo chiquito, cuya piel es blanca como la nieve y sumamente fina, siendo tanto lo que él estima aquella preciosa túnica de que le vistió la naturaleza, que cuando los cazadores quieren cogerle forman una especie de barrera ó tapia de lodo en el sitio por donde saben que acostumbra á pasar, y aunque pudiera trepar por ella fácilmente, recela que al pasar se mancharia, y queda como sitiado, prefiriendo perder la libertad y la vida antes que la candidez y hermosura de que está adornado. Ved, hijas mias, cuan bello ejemplo dá á las niñas un pobre animalillo, que no tiene mas guia que su instinto. Tened siempre en la memoria la conversacion de esta tarde, procurad conservar la candidez de vuestra alma como el arminio la de su cuerpo, y pues que todo lo que simboliza la pureza os agrada, sabed que mientras seais inocentes será mayor vuestra belleza interior que la del blan-



co y aéreo vestido de Enriqueta, que la del corderillo, la paloma, el arminio y la azucena del valle. Solamente los ángeles podrán escederos.

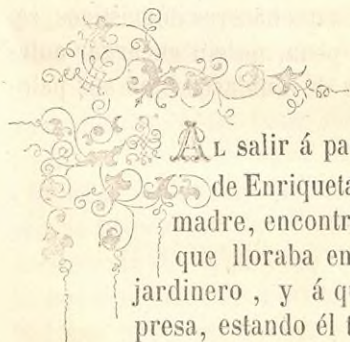
Cuando D.<sup>a</sup> María terminó su discurso ya estaban próximos á su casa, pero habiendo ya anochecido no consintió que la hija del labrador volviese á su habitacion, y envió un criado á decir que no la esperasen, prolongándose así la entrevista de las dos muchachas, que no se despidieron hasta por la mañana, en que la una tuvo que regresar á su colegio y la otra á ayudar á su madre en los quehaceres domésticos, separándose con pena, no sin encargarse antes la primera que le cuidasen bien sus palomitos.



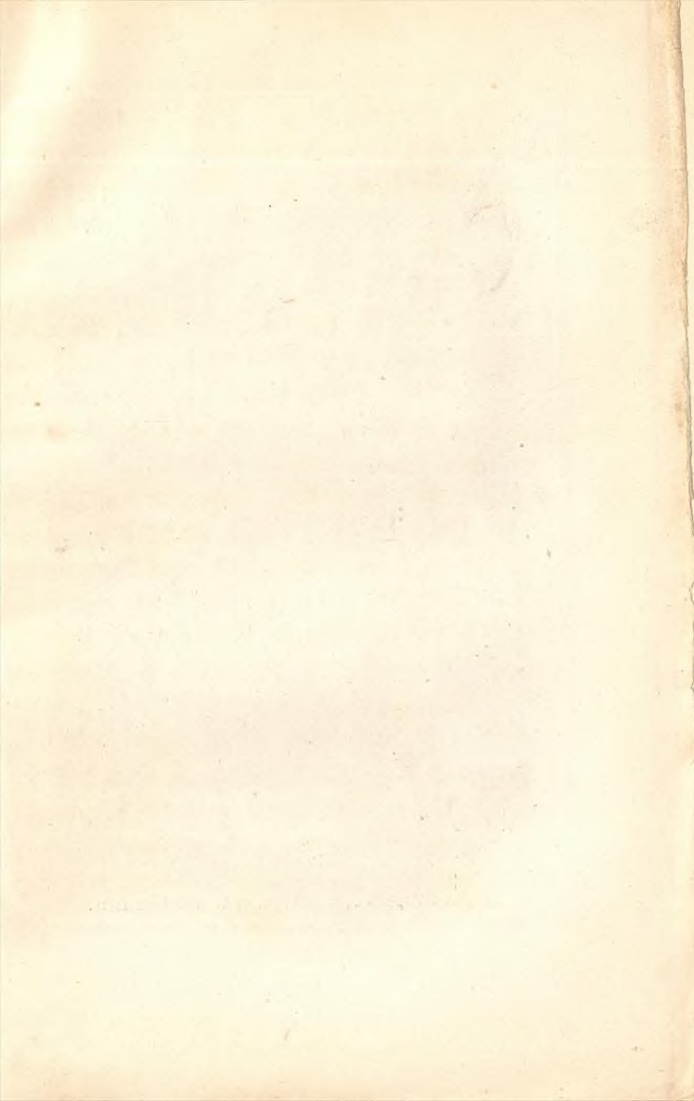


## VIII.

### La ladronzuela de fruta.



AL salir á paseo cierta tarde Enriqueta con su buena madre, encontró una chicuela que lloraba en el cuarto del jardinero , y á quien éste tenia presa, estando él tranquilamente sentado á la puerta para no permitirle la





Aquí tiene V., señora, esta mala niña.

salida, y teniendo á su lado la prueba del crimen y causa de la prision de aquella, que consistia en un cesto de hermosos limones, que habia hecho caer uno por uno, golpeando con una caña las ramas de los árboles que sobresalian por encima del cercado.

Así que las vieron salir, la muchacha redobló sus lloros mientras el jardinero, poniéndose en pié y cogiéndola por el brazo, la presentó á la señora diciendo: Aquí tiene V., señora, esta mala niña que le habia robado toda esta fruta, y de la que ruego no tenga compasion por no ser la primera vez que lo hace y conocerse está inclinada á este feo y bajo vicio. Si V. me lo manda, la llevaré ante el alcalde del próximo pueblo, á que pertenece, y si no la tendremos aquí detenida hasta que su familia venga á reclamarla, para darle cuenta de su inícuo proceder y pedirle que le castigue como merece.

Doña María, aunque sentia lástima hácia aquella miserable criatura, experimentaba

cierta repugnancia por todo lo que era bajo é innoble, y padecia mas porque esta escena tenia lugar delante de Enriqueta, á cuyos ojos hubiera deseado no presentar sino modelos de la mas esquisita probidad, ó que al menos viese que siempre, mas ó menos de cerca sigue á la falta el castigo. Por esta razon, á pesar de hallarse inclinada á perdonar desde luego á la niña, quiso hacerle experimentar las consecuencias de su falta, y dió orden al jardinero de que la custodiase hasta su regreso del paseo, encargándole á ella que entre tanto no llorase ni diese voces, lo cual de nada habia de servirle, y prometiéndole que á su regreso, mediante una sincera confesion, la pondria en libertad, si á ello la juzgaba acreedora.

Enriqueta estaba condolida de la suerte de aquella pobre chica, pero luego se distrajo con la agradable vista del campo que tenia indecible atractivo para aquellas dos almas tan sensibles como poéticas, y recordando con placer la entrevista que habia tenido con Cármen cuatro semanas atrás,

preguntó á su mamá si volverian á verla alguna otra tarde.

Sí, querida, dijo la madre, no tengo inconveniente en que te trates con aquella buena niña porque solo se diferencia de tí en la urbanidad que le falta. Aunque nacida en tan humilde condicion, ha recibido de sus virtuosos padres buenos consejos, escelentes ejemplos y una educacion basada en la moral mas pura; los pobres niños que no tienen padres, ó que les tienen tales que no saben ó no quieren educarles tan acertadamente, son los que se hacen culpables de graves faltas y pueden contagiar con su ejemplo á sus inocentes compañeros. A este número pertenecerá probablemente la cuidada que nos espera en casa, y cuyo recuerdo tanto te ha preocupado al principio de nuestro paseo. Ya ves que en vano has procurado ocultarme esa desagradable impresion.

La niña no se atrevió á interceder por ella, pero rogó á su madre que regresasen pronto para saber lo que habia inducido á

aquella criatura á robar una fruta que no podia servirle para comerla.

Llegados al cuarto del jardinero, vieron á la presa que confusa se tapaba la cara con las manos. Hiciéronla subir á la habitacion de D.<sup>a</sup> María, y esta le dijo que le esplica-se la causa de haberse acostumbrado á tan ruines acciones, y ella confusa, avergon-zada, dijo así: Hará dos meses cuando se empezaba la siega, mi padre, que es un pobre jornalero, cayó enfermo aunque no de gravedad, y un dia que no pudo ir al trabajo me encargó fuese á comprar naran-jas y le hiciese un refresco. Apenas salí de casa encontré un corro de amigas mias que jugaban á los alfileres; me instaron para jugar con ellas, pero no tenia mas que dos ó tres y me las ganaron al momento. Que-ria seguir jugando y en mal hora me ocur-rió la idea de comprar alfileres con los dos cuartos que mi padre me habia dado para naranjas, lo hice así y me los ganaron to-dos. Entonces me vi apurada pues no po-dia volver á casa con las manos vacías, y



entre las muchas ideas que revolvia en mi mente me acordé de que dias atras, pasando por este jardin, habia visto unos naranjos cargados de fruta y contiguos á las tapias, y me dirigí aquí con la esperanza de alcanzar alguna: en efecto, me puse á apedrear las ramas, temblando de miedo de que saliese el jardinero, mas no salió é hice caer cuatro naranjas, de las que me comí una y entregué tres á mi padre.

Pocos dias despues, una tarde de dia de fiesta, en que habia jugado y corrido mucho, tenia sed, y acordándome de la dulce fruta que Vds. tenían tan abundante, y que parece no se cuidaban de coger, vine y me puse á apedrear los naranjos, hice caer mas de las que yo necesitaba, y al regresar á casa con el delantalito lleno, mis amigas y vecinas me preguntaban quien me las habia dado y si queria venderles algunas; yo les dije que venia de una huerta donde me las habian regalado, y que en adelante podia ofrecérselas tan esquisitas como aquellas.

..... ¿Qué mas diré? todos los domingos, porque el día de trabajo voy á la escuela, venia á buscar naranjas, y limones cuando aquellas se acabaron y lo vendia á las personas conocidas, siempre recatándome de que mi padre lo supiese, y diciéndoles que eran de unos hortelanos á quienes entregaba su producto.

Pero lo cierto es que con él y con dos cuartos que mi padre me daba cada semana, cuando me habia portado bien en la escuela, compraba juguetes y golosinas, pudiendo hacer todo esto porque no tengo madre y como ya tengo once años mi padre tiene en mí mucha confianza.

Un día el jardinero estaba vigilando debajo de un árbol, yo habia llegado muy cerca de la tapia, pero por mi suerte le dió tós y puse piés en polvorosa.

Tal vez me veria de léjos, pues á pesar de que he estado dos domingos sin venir, hoy se ha puesto tambien en acecho, y cuando mas descuidada estaba, ha salido: he tratado de huir y me ha alcanzado.....

lo demás ya lo sabe V. Pero por Dios, señora, déjeme V. marchar pues mi padre no sabrá donde buscarme y estará solo y tanto mas triste é inquieto cuanto que no tiene mas que á mí y goza poca salud.

Pues bien, puede esperar tus refrescos para restablecerse, dijo irónicamente Doña María.

Señora, continuó la niña, llorando de nuevo y dando muestras de verdadero arrepentimiento, permítame V. volver á mi casa que harto castigada estoy con la vergüenza que he sufrido.

¡Niña perversa! ¡cuántas faltas has cometido en poco tiempo! dijo la señora. ¿Qué puede esperar de tí tu desgraciado padre, si la primera vez que necesita de tu asistencia gastas en tus vicios y caprichos el dinero que te confiara, intentas reparar con un robo esta primera falta, y te aficionas á la rapiña desde aquel dia, echando mano, además, de bajas mentiras para encubrir tus hurtos?... ¡desgraciada!...

¿Sabes que estaríamos medrados y se-

guras nuestras propiedades con pocas alhajas como tú?

—Yo habia oido decir que V. era muy rica y además muy buena, y por eso presumia que si alguna vez me cogieran mandaria que me soltasen sin hacerme nada.

—Es decir, que la bondad que tu suponias en mi, te animaba á obrar mal con la esperanza del perdon, y así insensiblemente te has puesto en el camino que conduce á la infamia, porque todos los grandes criminales han empezado por lo regular como tú, por faltas que ellos creian pequeñas. Dios es infinitamente mas bueno que yo, y no perdona á los que no restituyen lo hurtado.

—Y cómo podré yo restituir? ¿dónde iré á buscar la fruta que he vendido?

Hay un medio: tu has dicho que yo soy rica, pues bien, el patrimonio de los ricos pertenece en gran parte á los pobres, pero á los pobres virtuosos, no á los rateros como tú, y á aquellos es á quien quiero lo devuelvas: trabajarás y te portarás bien toda la semana para merecer los dos cuartos

que te da tu padre los domingos, y al salir de misa mayor, cuando Enriqueta ó yo repartimos la limosna, los entregarás tú en mi presencia al mendigo que tu misma escojas, no me dirás nada ni yo te diré; pero el dia que faltes á mi prescripcion, tu padre, el Señor Cura y el alcalde del pueblo tendrán conocimiento de tu falta. Esto durará hasta que yo me crea suficientemente reintegrada, entre tanto tu perderás la costumbre de comprar golosinas, y yo pediré al Señor te perdone tus yerros, como no dudo lo hará si tu arrepentimiento es sincero.

¡Oh! si, sí, señora, dijo la muchacha, tomándole una mano que besó respetuosamente, ya estoy arrepentida de veras, jamás volveré á hurtar la menor cosa á V. ni á nadie, y cumpliré escrupulosamente la penitencia que V. me ha dado.

Bajo esta condicion le fué entregada su cesta vacía, y triste y cabizbaja emprendió el camino del lugar.

Cuando Enriqueta quedó con su mamá le

dijo: ¿Sabe V. lo que estaba considerando durante la relacion de esa niña? que ha hecho lo que el pájaro de cierta fabulilla que me han enseñado en el colegio.

Recítamela, dijo D.<sup>a</sup> María, á ver si encuentro yo la misma semejanza que tú y la niña recitó con gracia la siguiente:

## FÁBULA.

### EL AVE DOMÉSTICA.

Un pájaro inocente,  
Que una tarde al dejar el blando nido  
Volar quiso atrevido,  
Dió en manos de un rapaz incautamente,  
Llevóle el niño ufano  
Y á su buena mamá quiso entregarle,  
Quien le ayudó á criarle,  
No en encierro tirano,  
Si no en una morada placentera

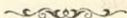
Teniendo por prision la casa entera,  
Y aunque crecieron sus hermosas alas,  
Jamás mirando al cielo  
Intentaba cruzar con raudo vuelo  
Por las etéreas salas.  
Si el niño le llamaba  
Pronto á su voz el pájaro llegaba  
Solícito y contento  
A buscar en su boca el alimento.

Por fin una mañana  
Saltó por la ventana  
A un próximo jardin lleno de flores,  
Admiró sus colores,  
Y en un árbol de copa muy frondosa  
Disfrutó de la sombra deliciosa,  
Mas corta fué su ausencia,  
Y volvió de su dueño á la presencia.  
Otro dia, salvando los tejados,  
Cruzó montes y prados  
Hasta la orilla de lejana fuente  
Por beber en su límpida corriente ;  
Mas esta vez su ausencia fué notada  
Y hubieron de reñirle á su llegada.  
Voló en otra ocasion, mas atrevido,  
Al declinar el dia  
A la enramada umbría,

Donde pasó las horas distraído  
Y en su grata frescura  
Le halló la noche con su sombra oscura:  
De allí, por evitar reconvenciones,  
Huyó á luengas regiones,  
¡Dejando ingrato, al niño  
A quien siempre debió tanto cariño!

*Jóvenes, medita sobre esta historia  
Y evita la primera escapatoria.  
Sabed que las acciones mas culpables  
Empiezan por faltillas perdonables,  
Y los bienes y males,  
Pequeños al principio, no os asombre,  
Convertidos en hábito en el hombre  
Adquieren proporciones colosales.*

La has aplicado bien, dijo la madre, y  
creo que sabrás aprovecharte de ella cor-  
rigiendo tus defectillos antes que tomen  
*proporciones colosales*. Y abrazándola com-  
placida terminó la conversacion de aquella  
tarde.

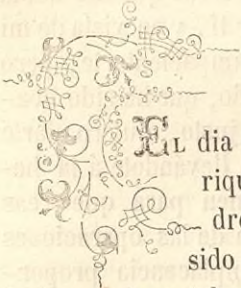






IX.

**Efectos de una mentira.**



**E**L día destinado para ir Enriqueta á la casa de su madre, si es que no habia sido conducida la tarde anterior, se levantaba muy de mañana y pre-

parada para la marcha, prestaba atento oído al mas pequeño rumor que semejase al de un carruaje, esperando á que su mamá ó alguna de las doncellas viniese á buscarla.

Cierto domingo se hizo esperar mas de lo acostumbrado, pero por fin llegó la suspirada hora en que el coche paró á la puerta, y en dos brincos estuvo la hija en los brazos de la madre. Esta subió á saludar á la profesora y se llevó á su querida niña, á quien despues de pedir cuenta de su comportamiento durante aquel mes, y haberle ella enseñado los billetes de premio le dijo: Hoy tal vez creerás que me habia olvidado de mandar por tí, y en vista de mi tardanza empezarias á impacientarte, pero en cambio de este retardo, que ha sido ocasionado por un motivo justo, quiero darte una agradable sorpresa llevándote á la heredad en que vive Cármen para que veas vendimiar; pues es una de las operaciones del campo que mas complacencia proporcionan; he mandado dispongan allí la co-

mida, que partiremos con aquellas buenas gentes, y si quieres hacer de vendimiadora, te dejaré llenar una cestita de dulces y dorados racimos.

La niña abrazó á su mamá llena de gozo; despues dijo si seria indiscreta preguntándole la causa de su tardanza, y añadió: Sabe V. que no soy curiosa, pero me parece que está V. mas pálida que otras veces y temo que alguna indisposicion sea causa de que se haya levantado tarde; no trate V. de ocultarme su dolencia por no afligirme, pues sabe V. cuanto la quiero.

No, hija del alma, contestó la madre, tranquilízate, pues si bien es verdad que notarás cierta alteracion en mi semblante, no son mis propios padecimientos los que la ocasionan, si no el haber perdido parte de la noche y haberme afectado con agenas penalidades. Voy á contarte una historia bien singular por cierto, añadió. Y para poder hablar con mas comodidad se acercaron la una á la otra. El coche rodaba por una alegre campiña, á un lado y otro del

camino se levantaban árboles frondosos, que empezaban á tomar aquel tinte amarillento que caracteriza la estacion: el aura suave del otoño jugaba con los rizos de Enriqueta, y los alados huéspedes de la enramada parecia que con sus dulces trinos las saludaban al pasar. Ayer, dijo la señora, el jardinero me pidió permiso para ir al pueblo vecino en que me manifestó tenia un pariente enfermo de mucha gravedad, y falto de recursos. Sabes que miro como un deber enjugar siempre que puedo, las lágrimas de mis hermanos, y así le dije que fuera y que al caer de la tarde me volviese á buscar; pues yo tambien queria visitar aquella pobre familia y llevarle algun socorro. Fuí en efecto y hallé un jóven postrado en cama y víctima de una fiebre violenta, y á su hermana, única persona que tenia á su lado, que le asistia con amorosa solicitud, sin entregarse al descanso hacia muchas noches. Yo le dí algun dinero y le rogué que puesto que estaba allí su primo, se fuese á descansar un rato, pero ella me aseguró que

no tenia sueño y que la única complacencia que experimentaba, era el poder velar al lado de la cama de su pobre hermano, ya que otra cosa no podia hacer por él, añadiendo: Sepa V., señora, que mi imprudencia de un dia y una mentira que yo creia inocente, ha sido la causa de nuestra pobreza y desgracia y de que no nos hallemos en mas holgada posicion, y me contó su historia en los términos siguientes:

Somos hijos de un honrado zapatero de la ciudad de Sevilla, que tenia alquilada la tienda y cuarto bajo de una casa, en cuyo segundo piso habia unos señores que me tomaron á mí por niñera, pero aprendí á peinar la señora y arreglar las habitaciones, etc., y como al propio tiempo les inspiraba gran confianza, la señora me daba sus vestidos á medio uso y tenia el gusto de llevarme á su lado vestida como una señorita. Tenia yo entonces 14 años y mi hermano tres menos, siendo de advertir que tambien le daban la ropa que se le quedaba pequeña al hijo de mis señores. Me detengo

en estas nimiedades porque fueron el origen de mi falta.

Mas adelante fué preciso entregar á una nodriza al niño para cuyo servicio me habian tomado, y sin embargo yo continué en la casa. En los dias de fiesta la cocinera y yo, alternativamente, salíamos á paseo y quiso la mala suerte que un domingo en que mis amos y mis padres habian salido y estaba yo sola con Gregorio, que es ese infeliz que está en cama, y que habia subido á hacerme compañía un rato, porque nos queremos mucho, llamaron á la puerta un señor y una señora muy bien vestidos, á los que abrí sin ningun recelo y me preguntaron si vivia allí D. Luis del Prado, para quien traian una visita; díjeles que sí, porque era cierto, y añadieron si tenian el honor de hablar á sus hijos. A una pregunta que tanto lisonjeaba mi vanidad, sentí que mis mejillas se coloreaban de placer, é imponiendo silencio á mi hermano con una mirada, respondí tambien afirmativamente, haciéndoles pasar adelante.

Tuve bastante desfachatez para llevar á cabo mi papel de señorita, diciendo que papá y mamá habian salido igualmente que las criadas. Ellos me manifestaron que venian de Cádiz, donde unos amigos suyos, que tambien lo eran de D. Luis y su señora, les habian encargado una visita para estos, y que sentian no poderlos ver porque aquella noche debian embarcarse; mas no dijeron para dónde, ni yo se lo pregunté, bien agena de creer lo mucho que me interesaba, antes bien me alegré de que su pronta marcha dejara oculto mi enredo. Mi pobre hermano, aunque no habia tenido valor para desmentirme, temblaba cada vez que le dirijian la palabra, y con frecuencia se asomaba al balcon temeroso de que nos sorprendieran, pero yo estaba mas tranquila pues sabia que ni los señores ni la cocinera acostumbraban á retirarse tan temprano.

Ya se preparaban para marchar nuestros huéspedes, cuando el caballero me preguntó si conocia por casualidad á Francis-

co Ruiz , maestro zapatero , cuyo nombre habia leido en la tienda de abajo , y deseosa de saber porque preguntaba por mi padre , le dije que sí . Preguntóme entonces si tenia hijos , á mí me pareció que , al momento que le confesase que sí , iba á descubrir lo que tan interesada estaba ya en ocultar , y le dije que no los tenia . Lo siento , dijo pensativo el caballero .

Una fuerza interior me impulsaba á decir la verdad , pero ¿cómo volver atrás ? ¿cómo confesar que éramos hijos de un pobre zapatero , cuando aquellos buenos señores acababan de decirnos que envidiaban la suerte de D. Luis del Prado por tener unos niños tan amables como hermosos ?...

Despidiéronse por fin los forasteros , la señora particularmente con sumo cariño , y cuando nos vimos solos mi hermano me reconvino por la farsa que habia representado , pero me dió palabra de no descubrirme y me dejó sola .

Haria una hora que los señores viajeros habian salido , cuando oí que llamaban á la



puerta de la casa de mis padres: bajé y ví un criado que traía una carta cerrada diciendo que era de un caballero, que con su esposa, hacia un rato habia hecho una visita al piso de arriba, y que la carta era urgente é interesante, por lo que en caso de no haber vuelto el zapatero ni su mujer, tenia órden de dejarla en casa de don Luis. Díjele que yo era la hija de este último, y me quedé con la carta resuelta á no entregarla porque no se descubriese mi mentira, en cuyo caso mi padre me hubiera castigado severamente, mas apesar de todas mis precauciones, Dios permitió que de nada me sirviesen estas, pues una vecina del primer piso habia oido el principio de mi conversacion con los desconocidos (el cual tuvo lugar en la puerta de la escalera) y refiriéndola á la señora, despidióme aquella irritada justamente porque habia tenido la vanidad de suponerme hija suya. Esto mismo me afirmó en mi resolucion de no enseñar la carta ni aun á Gregorio, y como yo no sabia leer, la guarda-

ba cerrada sin atreverme á inutilizarla llevándola siempre en el bolsillo; y así transcurrió cerca de un mes, hasta que un dia, en que un fuerte constipado me obligó á guardar cama, mi madre, al tiempo de recoger mi ropa, encontró la fatal carta yendo á buscar inmediatamente á mi padre quien la leyó en mi presencia. Jamás olvidaré su contenido que era el siguiente:

Querido hermano: sabes que desde nuestra juventud surgieron entre nosotros algunas disensiones que me obligaron á separarme de tí tan pronto como murieron nuestros padres y que nuestra desunion se aumentó despues con tu enlace, que yo no aprobaba, siendo este el motivo de que no te haya escrito nunca. Por mi parte con lo poco que me tocó de mi legítima, en vez de tomar un oficio, como tú, me dediqué al comercio, en el que fuí bastante afortunado, hice algunos viages á América en dónde me establecí por fin, casándome con una jóven que á sus bellas cualidades reúne las circunstancias de ser muy rica. He

llegado pues, á juntar una mediana fortuna y como en doce años que llevo de matrimonio no hemos tenido sucesion, habia pensado en el caso probable de no tenerla en lo sucesivo, ceder todos nuestros bienes á los hijos de mi único hermano, si es que el cielo te hubiese concedido este don que me ha negado á mí.

Deseoso de dar el último adios al suelo natal, he venido á España, he recorrido algunas ciudades en compañía de mi esposa, pero visitado ya el sepulcro de mi padre, no puedo detenerme tanto como hubiera deseado en la que me ha visto nacer, porque he recibido cartas de mi casa avisándome que urge nuestro regreso. Habia preguntado por tí á diversas personas, sin que me supiesen dar razon, hasta que, habiendo ido á hacer una visita al segundo piso de esa misma casa, he visto tu muestra y nombre, pero la tienda y habitacion estaban cerradas.

Tan preocupado me hallaba con la idea de tus supuestos hijos, que habiéndonos

recibido una jovencita simpática y graciosa, fuese ilusión ó realidad, me ha parecido encontrar en sus facciones cierta semejanza con la de nuestra querida madre. Pero aquella misma niña me dijo que te conocia igualmente que á tu esposa y que no teniais sucesion.

Pienso en consecuencia, dejar mis bienes á los hospicios y demás fundaciones piadosas, pero si quieres darme un abrazo te vendrás con el dador, pues te espero en la fonda hasta la hora de pasar á bordo, que será antes de amanecer y entonces tambien te entregaré alguna cosa para que conserves un recuerdo de tu hermano,

ROBERTO RUIZ. . . .

No me detendré, señora, en describir la impresion que me produjo esta carta. Desde el principio de su lectura me habia tapado la cara con las sábanas, pero no pude librarme de las justas reconvenciones de mis padres, ni de los remordimientos de mi conciencia.....

¡Por halagar mi vanidad algunos momentos he renunciado á una fortuna real y estable y privado de ella á mi familia!

Mi padre fué primero á todas las fondas de la ciudad, trató de averiguar despues en el despacho de buques cuantos y en que direccion se hicieron á la vela aquella noche, pues por desgracia mi tio no decia en su carta el punto de su residencia, escribióle á la ventura á várias poblaciones comerciales de América, pero ninguna respuesta recibió.

Pocos años despues murió mi padre y su esposa no tardó en seguirle al sepulcro: mi hermano ejercia tambien el oficio de zapatero, mas se puso en nuestra misma calle uno muy famoso que le quitó todos los parroquianos. Entonces decidimos establecernos en este pueblo, dónde su enfermedad ha venido á poner el colmo á nuestras desgracias.

Aquella pobre muchacha terminó su narracion que habia sido interrumpida muchas veces por la asistencia que reclamaba

su hermano, yo entraba en su compañía, le prodigabamos atenciones y remedios que necesitaba y cuando nos salíamos de la alcoba continuaba su relato. La consolé lo mejor que pude, y me retiré porque la noche estaba ya muy avanzada.

Enriqueta, vivamente afectada, hizo algunas reflexiones superiores á su tierna edad acerca de la mentira y sus consecuencias, y en esta conversacion llegaron á la casa del labrador, donde Cármen, rebotando de placer, esperaba á su querida señorita.

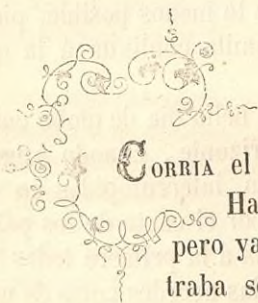
La comida se sirvió debajo de unos álamos frondosos á la puerta de aquella rústica morada, Enriqueta paseó con su jóven amiguita, saboreó esquisitas ubas cogidas por su propia mano, y en estos sencillos placeres pasó el resto de aquel dia que fué uno de los mas dichosos de su infancia.





X.

**Angela.**



**C**ORRIA el mes de Octubre.  
Había llovido mucho,  
pero ya el cielo se mos-  
traba sereno y apacible.  
D.<sup>a</sup> María había pasado algunos días en la

ciudad en compañía de unos amigos, exijiendo en cambio, que á su regreso la acompañase al campo su hija Angela, jóven virtuosa y de esmerada educacion, modelo al mismo tiempo de candor y dulzura.

Cuando nuestra pequeña heroína salió del colegio un sábado por la tarde, no esperaba, por cierto, encontrar al lado de su mamá una compañera tan amable, y quedó agradablemente sorprendida.

Ella, á su vez, estaba encantada del precoz talento de la niña y sus nacientes gracias, sintiendo solamente no poder pasar con ella sino poco mas de 24 horas; así es que para separarse lo ménos posible, pidió que pusieran su camita contigua á la que ella ocupaba.

La aurora de un bello día de otoño coloreaba apenas el horizonte, cuando Angela y Enriqueta fueron interrumpidas en su blando sueño, no por el canto de los pájaros, como le sucedia á la primera todas las mañanas, sino por las acordes notas de una música que precedieron á la siguiente can-



cion, que fué entonada por una voz varo-  
nil, formando el coro multitud de voces de  
hombres y de niños:

Venid, venid, mancebos,  
Cerquemos la morada  
Que encierra afortunada  
La mas preciosa flor,  
En himnos á porfia  
Cantemos su hermosura,  
Será su risa pura  
El galardón mejor.

CORO.

Loemos sus virtudes,  
Cantemos su candor.

Angélica hermosura,  
Perdona si un momento  
Altera nuestro acento  
Tu sueño encantador,  
Que ya risueña el alba  
Fulgura en el Oriente,  
Para dorar tu frente  
Con brillo seductor.

CORO.

Loemos..... etc.

Viniste á nuestros campos  
Cual tutelar estrella,  
Como un querube bella,  
Feliz como el amor:  
Prosigue á nuestro lado  
Que tiene en tu presencia  
La flor mas pura esencia  
El astro mas calor.

CORO.

Loemos..... etc.

Acabada la cancion los músicos se alejaron y Enriqueta, que no acababa de volver de su sorpresa, preguntó á Angela si sabia á que atribuir aquella muestra de amor y deferencia que sin duda le tributaban los jóvenes de la vecina poblacion, y ella con franca alegría satisfizo así su curiosidad: Es costumbre en ciertos pueblos escojer

una ó varias administradoras para sus fiestas religiosas, las cuales son como si dijéramos las reinas de la fiesta, establecen el orden de las funciones, presiden los bailes populares y se ven obsequiadas de todos los jóvenes de ambos sexos.

Por lo regular, elijen una hija de la poblacion, pero siendo tu mamá tan querida y respetada en este país, y no siendo yo tampoco extraña en él por haber pasado en el pueblo una temporada, me invitaron á poco de mi venida. Tu mamá me rogó que aceptase y hoy debo presidir la fiesta de N. S. del Rosario; presumíamos que me harian algun obsequio, porque es costumbre, y hemos querido sorprenderte no previniéndotelo.

Las nueve daban en el reloj de la casa cuando una comitiva de jóvenes vestidas de blanco vinieron á buscar á Angela para acompañarla á la Iglesia, siguiéndolas de lejos Enriqueta y su mamá, que asistieron al divino oficio llenas de dulce emocion.

Con el mismo acompañamiento é iguales

obsequios fueron á la Iglesia por la tarde, y despues de cantar un Rosario en honor de la Reina de los Cielos, entraron en un salon de baile improvisado, gozándose en ver la inocente alegría de aquellos aldeanos, que se creian muy honrados con su presencia. Angela no quiso tomar parte en el baile por mas que la invitaron.

Los placeres sencillos tienen su término como todas las cosas de esta vida, la noche puso fin á aquella fiesta, cuya dulce memoria se conservára indeleble todo el año en la imajinacion de las doncellas del pueblo, y D.<sup>a</sup> María con sus jóvenes compañeras fué escoltada de una alegre multitud, que con antorchas iluminaban el camino.

Cuando se vieron solas en su tranquila morada, Angela desprendiendo su sencillo tocado arrojó un hondo suspiro.

¿Era qué sentia ver terminada una fiesta en la que tan brillante papel habia representado? Nó, era que la vista del pueblo, de la Iglesia, y la propia animacion de la danza le habian suscitado penosos recuer-

dos. La prudente viuda notó la tristeza de su huésped, respetando no obstante su silencio, cuando una criada entró para anunciar á una buena anciana que habiendo conocido y tratado á Angela anteriormente solicitaba permiso para hablarle.

A su llegada abrazáronse con emocion, y la recién venida preguntó á la jóven si se hallaba mas consolada que en su última entrevista, y si su hermano político continuaba empleado y en situacion menos aflictiva.

Cubriéronse de un vivo carmin las mejillas de la doncella y tomando la palabra dijo: Voy á satisfacer á las preguntas de V. dictadas por un tierno interés y al propio tiempo, ya que las circunstancias precisan á ello, á enterar á mis buenas amigas, que ya habrán extrañado mi tristeza, de la causa de mi permanencia en este pueblo, antes que en él tuviesen la dicha de conocer á las habitantes de esta bella mansion.

He dicho esta mañana á Enriqueta y luego lo he repetido á V., que yo no era des-

conocida en este país, debiendo sin duda á esta circunstancia, pero mas á las simpatías que V. inspira y á los beneficios que derrama, el obsequio de que he sido objeto.

No he sido mas expansiva porque se trataba de un secreto que no me pertenece, pero que voy á depositar ahora en el seno de la amistad íntima y verdadera.

Mis queridos padres no han tenido mas que dos hijas, sin que el Cielo les haya concedido ningun hijo varon; mi padre como V. sabe, se retiró del comercio hace algun tiempo y redujo su capital á dinero que puso á interés y le produce una módica renta.

Lola, mi hermana mayor, casó con un rico comerciante y mis padres le entregaron una dote regular, empero Lola estaba muy léjos de poseer las virtudes que hacen la felicidad de un matrimonio, y ya desde niña habia demostrado desmedida aficion al lujo y á los placeres, sin que bastasen á contener este afan, que cada dia iba tomando nuevo incremento, las prudentes

advertencias y hasta severas reconvenciones de nuestros buenos padres.

Su marido, bondadoso en demasía, no trató de poner dique á sus caprichos, y desde luego se la vió brillar en todas las reuniones deslumbrante de lujo y atractivos, siendo la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres, cuyos obsequios y frases galantes acabaron de llenarla de vanidad.

Fué madre de una hermosa niña que entregó á una nodriza, en poder de la cual murió á los pocos meses. Este accidente le afectó algun tanto, pero pronto ahogó la voz de la ternura maternal entre el bullicio de los bailes y conciertos.

Entre tanto mi cuñado no era feliz; veia en su casa mas lujo del que podia soportar, á su esposa frívola y distraida desdeñando los cuidados domésticos, y su fortuna minada sordamente por el mal gobierno de aquella pero la amaba entrañablemente, y era además demasiado débil para contrarrestar sus caprichos. No obstante, desde la muer-

te de la niña estaba triste y la felicidad desapareció para siempre de su hogar. Hubo de contraer cuantiosas deudas, que fueron aumentándose en razon del crecido interés que pagaba, hasta que al fin, viéndose amenazado de una quiebra, liquidó sus cuentas y pagó á todos sus acreedores, prefiriendo una honrosa pobreza al escándalo de una bancarrota. Buscó entonces un empleo en las oficinas públicas, y lo obtuvo fácilmente porque su acrisolada honradez era bien notoria, pero ni su módica renta ni los sacrificios que mis padres hacian bastaban para sostener los gastos y el lujo á que Lola estaba acostumbrada, así fué que ella soportó con menos resignacion que su marido la pérdida de su fortuna, ya porque no estuviese en su temperamento vivir sin aquel fausto, ya tambien porque su conciencia le argüia de haber acarreado ella misma tal desgracia.

Al poco tiempo la salud de mi hermana empezó á debilitarse, y conviniéndole respirar aires mas puros que los de la ciudad,



le fué preciso alquilar una casa en el vecino pueblo, donde, no pudiendo seguirla su esposo por razon de su nuevo empleo, la acompañamos mi madre y yo para ser testigos de su penosa enfermedad y prematura muerte.

En el cementerio de este pueblo descansa pues, mi jóven y malograda hermana, y una losa de marmol con una inscripcion sencilla, y un rosal plantado por mi mano es cuanto le queda del lujo y ostentacion que hace dos años la rodeaba. Ya ves, querida Enriqueta, cuan poco valen las cosas de esta vida cuando no tienen la virtud por fundamento. Lo que la señorita Angela ha callado por modestia, dijo la anciana, es que ella es en el dia el único consuelo de unos padres que la idolatran, su cuñado la quiere como á una hermana, es apreciada del pequeño círculo de amigos que la rodea, y hasta nosotros, pobres gentes, entre las cuales ha vivido poco tiempo, ya ven Vds. si la amamos y si el recuerdo de su virtud vive grabado en nuestras almas. Durante la

narracion de Angela, mas de una vez habian corrido sus lágrimas; terminada aquella D.<sup>a</sup> María cambió hábilmente la conversacion y como hubiesen ya avisado que la cena estaba dispuesta, pasaron al comedor. Todavía no habian concluido de cenar, cuando de nuevo sonó la música debajo de los balcones.


Enriqueta dió un salto en la silla, corriendo á asomarse para oír mas de cerca. Tocaron algunas piezas escogidas, terminando la serenata con el cántico de por la mañana. D.<sup>a</sup> María mandó servir algunos refrescos á los cantores, y estos se retiraron bendiciendo á la reina de la fiesta de aquel dia, no menos que á sus amables huéspedes.





## XI.

### La felicidad doméstica.



¿TE acuerdas, ¿querida mia, dijo una tarde á Enriqueta su cariñosa madre, de un domingo en que fuimos juntas á visitar un pobre enfermo, cuyos hijos te inspiraron compasion y á cuya esposa tuve el gusto de poder prestar algun socorro, dándole al

propio tiempo saludables instrucciones? La niña contestó afirmativamente, y relató con minucioso esmero todos los incidentes de aquel día memorable, que creo tampoco habreis olvidado vosotras, mis tiernas lectoras.

—Te gustaria volver á ver aquella buena familia? insistió la madre.—Seguramente, sobre todo si su suerte ha mejorado como creo haber oido decir á V. alguna vez. Doña Maria no contestó y dispuso que pudiesen el coche porque el tiempo era frio. Vistiéronse madre é hija para salir, y en pocos minutos se hallaron en la casa del jornalero, mas ¡cuán diferente aspecto presentaba en esta ocasion! desde luego su esmerada limpieza encantaba: las paredes estaban blancas como la nieve, el piso brillante de puro limpio y las sillas de pino blanco con asiento de esparto, se hallaban colocadas con orden y simetria. Antes que á nadie, vieron á los niños, pero esta vez vestidos con ropa de paño en buen uso, limpios y con sus rubios cabellos peinados

con esmero, estaban en extremo lindos y en sus graciosos semblantes rebosaba la salud y la alegría. El mayorcito regaba las plantas de un pequeño jardín que era comun de todos los vecinos, y el menor hacia correr un carro de papel, pero al ver parar un coche á su puerta, abandonaron el uno el regador y el otro el juguete, y salieron movidos por la curiosidad, saltando de gozo cuando reconocieron á sus bienhechores. Los padres no se habian apercebido de su llegada por tener el balcon cerrado y se hallaban en un cuartito blanco tambien con las puertas pintadas de verde. Las cortinas de muselina graciosamente recogidas, dejaban ver una cama límpia y bien hecha, allí las sillas eran ya pintadas y habia una mesita, cubierta con un tapete de indiana, sobre la cual habian colocado una imágen de la Vírgen con un jarro de flores de papel, á cada lado. Por el claro cristal penetraban los rayos del sol poniente, que dorbaban aquella risueña habitacion, y en la parte bañada por su luz disfrutaban del ca-

lor que les ofrecia los dos esposos sentados uno en frente de otro, él leyendo en voz alta, y ella pelando patatas para la cena y guardando los desperdicios en una cestita que tenia á su lado con objeto de no ensuciar el piso. Levantáronse respetuosamente al ver á D.<sup>a</sup> María, la cual les suplicó que no se incomodasen y acercando una silla á la de Carolina, que tal era el nombre de la muger, se sentó á su lado. Es inútil preguntar á Vs. por el estado de su salud, dijo despues de las acostumbradas frases de un cordial saludo, pues veo que Luis se halla completamente restablecido y que V. y los chiquitines están tambien mas sanos y alegres que en nuestras anteriores entrevistas.

¡Ay! señora, dijo Carolina, despues de Dios, le somos á V deudores de nuestro bienestar. V. nos ha socorrido muchas veces, nos deja vivir en esta linda casa, sin cobrar nada de alquiler y además me ha enseñado algunas reglas de aquello que sirve para conservar la salud de la familia y que se llama..... ay!..... ahora no me acuerdo



La felicidad doméstica.





como se llama.—Higiene doméstica, dijo la viuda sonriendo.

Es verdad, continuó, tú Luis, que tienes mas talento para hablar con esa Señora tan fina, esplicale como nos gobernamos. El marido tomó la palabra y se expresó en estos términos: Cambiar yo de casa y empezar á mejorarme fué todo una misma cosa, y como gracias á V. podia cuidarme algo mas y tomar buen alimento, mi convalecencia no fué larga. Cuando, restablecido ya, fuí trabajando, empecé á pagar poco á poco las deudas que habia contraido, y en el dia no debemos nada á nadie y me tengo por feliz en mi situacion.

Salgo de casa temprano con el corazon tranquilo, trabajo en el campo hasta el medio dia, hora en que mi hijo mayor sale de la escuela y viene á traerme la comida. Deja su cestillo en el suelo y me echa los brazos al cuello, yo me siento á su lado sobre la yerba, y aquellos manjares, que por cierto no son esquisitos, condimentados por mi buena esposa, comidos con el apetito que

escita el trabajo de toda la mañana y el ejercicio al aire libre, y sazonados con la alegría que tengo en comer con mi niño y escuchar su inocente charla, son para mí mas deliciosos que lo serán para un rico las mas delicadas viandas.

Después de descansar un poco, el niño recoge los residuos de la comida y regresa á casa para que su madre le asee de nuevo y vuelva á enviarlo á la escuela y yo emprendo otra vez mi trabajo hasta la noche. Entonces me siento cansado, y vuelvo á casa á experimentar dulces sensaciones que refresquen mis fuerzas para el dia siguiente. Mis hijos me esperan á la puerta y corren á besarme, ya Carolina tiene encendido el fuego y me pone una silla junto al hogar, yo la ocupo; Pepito, que no me ha visto en todo el dia, se pone sobre mis rodillas y no se cansa de acariciarme: mientras su hermano mayor va y viene para ayudar á su madre á preparar la casa, trayendo lo que le pide, y nos reimos de verle tan ocupado.

Esta comida es para mí aun mas alegre

que la de mediodía, porque entonces estamos reunidos toda la familia, y le aseguro á V. que esas patatas guisadas y un pedazo de pan moreno lo comemos con tanto placer, cual si fuese el manjar mas delicado.

Mi hacendosa Carolina acuesta los niños y se pone á trabajar, siendo tanta su laboriosidad que despues de arreglarnos y cosernos la ropa, todavía hila, de modo que hemos echado telas y en mucho tiempo no necesitaremos ropa blanca; somos parcos en comer, en vestir tampoco necesitamos gastar mucho, así es que confio poner dentro de algun tiempo una pequeña cantidad en la caja de ahorros para que si yo muero antes de que mis hijos sean capaces de bastarse á sí mismos y de mantener á su madre, no queden absolutamente faltos de recursos.

Diga V., señora, con salud, con una familia tan amable y una existencia que se desliza tan risueña, con un corazon tranquilo y sin que mi conciencia me arguya de grandes faltas ¿no he de ser dichoso?...

¿No seríamos bien ingratos á la divina Providencia si no nos contentásemos con la parte de felicidad que nos ha tocado y envidiásemos la de los demás?

Si por cierto, amigo mio, dijo la señora que durante el discurso del aldeano habia experimentado las mas dulces emociones, pero con el comportamiento de V. y buen modo de pensar, secundados por las virtudes domésticas de la amable Carolina, espero que su trabajo fructificará y que el cielo derramará sus bendiciones sobre este hogar ya tan dichoso, dispensándole mayores bienes para el porvenir. Por mi parte tengo una grata satisfaccion en haber podido ser útil á unas personas que valen mas que muchos que habitan palacios y llevan vestidos magníficos. ¡Oh! añadió, si todos los hombres tuviesen ideas tan sanas y sentimientos tan puros no envenenarian la sociedad la negra envidia y la insaciable ambicion, que son el origen de bajas intrigas, de desgracias y hasta de crímenes.

En una conversacion tan agradable el

tiempo habia transcurrido sin sentir é iba anocheciendo. Pepito se habia dormido, sentado en una silla al lado de su padre, con su rubia cabeza apoyada sobre las rodillas de este, mientras su hermano mayor y Enriqueta no habian perdido una palabra de la relacion de Luis.

Carolina se levantó y trajo un velon de metal dorado tan brillante como si fuese oro.

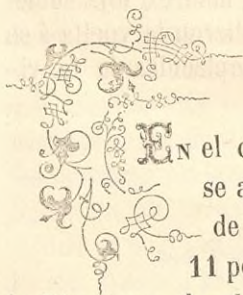
Mas era preciso separarse , aunque con sentimiento de todos, D.<sup>a</sup> María se lo advirtió á su niña, y despidiéndose de aquellos honrados aldeanos, madre é hija subieron al coche y emprendieron la vuelta á su morada en extremo complacidas de la visita.





## XII.

### La Grattitud.



**E**N el colegio de Enriqueta no se admitian niñas menores de 8 años ni mayores de 11 porque en la opinion de la Directora, la clase de instruccion que conviene á las de esta edad es insuficiente

para las mayores , y habiendo admitido un número fijo de discípulas las educaba á todas por si misma por medio de un sistema simultáneo , habiéndose granjeado de tal suerte las simpatías de la escuela , que el deseo de complacer á la maestra ó el temor de desagradarla eran los mas fuertes estímulos para aquellas tiernas criaturas.

Llegaron las vacaciones de Navidad, lució el dia de esta fiesta religiosa tan alegre para los niños, fiesta en que todos felicitan y son felicitados, en que se suspenden todos los trabajos y se cierran todas las escuelas, dias, en fin, de descanso y de golosinas, de nacimientos y villancicos.

Enriqueta habia salido del colegio, pero no habia ido al campo porque D.<sup>a</sup> María, á ruegos de Angela y de sus padres , habia determinado pasar las pascuas en la ciudad y en compañía de aquellos, dejando la casa de recreo al cuidado de un mayordomo.

La noche buena fué feliz para nuestra heroina en tanto grado que la alegría la desveló gran parte de la noche, y apesar de

hacer bastante frio, se levantó muy temprano y aguardó impaciente á que su madre se vistiese para rogarle que cuanto antes le sacase la ropa y la pusiese en disposicion de salir de casa. Ella, que no ignoraba los graves motivos que tenia para tal prisa, le mandó que ante todo se desayunase, encargándose despues de su tocado, al que Angela coadyudó muy complacida. Vistiéronla con el uniforme del colegio destinado para los dias festivos, que era muy vistoso y elegante y la acompañaron á casa de Clotilde, punto de reunion á donde en breve fueron acudiendo todas las demás condiscípulas.

Sin duda, queridas lectoras, estareis impacientes para saber el objeto de esta reunion, y quiero satisfacer vuestra curiosidad desplegando á vuestros ojos la escena que tuvo lugar en el colegio aquella misma mañana.

Todas las colegialas, escoltadas por una criada anciana de casa de Clotilde, marchaban de dos en dos con el mayor orden, cual si fuesen á misa ó á paseo con la profesora.



Cuando llegaron, pidieron por favor á la criada que les abrió la puerta, sorprendida de verlas llegar de aquel modo, que las introdujese en la sala de la clase y que avisase á la Señora, pero esta estaba en misa y hubieron de esperar su regreso, encargando á la muchacha que nada le dijese porque querian sorprenderla.

Colocáronse en sus respectivos sitios como si fueran á empezar la labor y únicamente Clotilde permanecía en pié en medio de la sala, teniendo en la mano una preciosa cajita. Todas callaban, y si alguna de las menores se atrevia á romper el silencio, mas de diez de las mayorcitas se ponian el dedo sobre los labios, signo bastante expresivo para contener su verbosidad. Pero vosotras sabeis cuan pronto os cansais de todo, particularmente de estar quietas y calladas; así fué que una al fin exclamó: ¡Cuánto tarda en venir! Clotilde, podria V. enseñarnos la cajita entretanto?

— ¿No la han visto Vds. ya? dijo la depositaria de la famosa caja.

—Sí, pero ya no me acuerdo.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

—Ni yo, respondieron mas de veinte voces.

—Pero ¿y si llega entretanto?

—¡Qué ha de llegar! si la veremos en un momento.

Pues bien, que pase de mano en mano, pero cuidado con dejarla caer al suelo, darle el aliento ni echarla á perder.

Y la caja, que contenia un sencillo y elegante aderezo para señora fué entregada á la primera y sucesivamente á todas sus compañeras.

No transcurrió mucho sin que un aldabazo sonase á la puerta, y á esta señal un estremecimiento de alegría y un ligero rumor circuló por toda la infantil asamblea.

Clotilde impuso silencio, con un gesto y la maestra no advertida por la criada, pasó por delante de las puertas de la sala de clase, cuando llamándole la atencion el ha-

llarlas abiertas de par en par, entró y quedó agradablemente sorprendida.

Todas las niñas se pusieron en pié y la saludaron con respeto, y Clotilde adelantándose á recibirla, recitó con incomparable gracia la siguiente poesía:

Dulce es por cierto al empezar la vida,  
Y abrir los ojos por la vez primera,  
De una madre amorosa que nos cuida  
Contemplar la sonrisa placentera.

Sin duda al escuchar nuestros vagidos  
En su seno de amor nos cobijó,  
Nos acalló con besos repetidos,  
Con dulcísima voz nos arrulló.

Solicito tambien y bondadoso  
Otro ser nuestro rostro contemplaba,  
Y de un padre el acento cariñoso  
En torno de la cuna resonaba.

Ambos á dos nos fueron enseñando  
A pronunciar el nombre del Señor,  
Del cielo y de los ángeles hablando,  
De la fé, la esperanza y el amor.

No obstante, nuestra cándida alegría

No bastaba á su amante corazon,  
Si un velo de ignorancia oscurecia  
Nuestra reciente é infantil razon.

Tú rasgaste, señora, el denso velo,  
Nuestros ojos hirió la luz brillante,  
Y por la senda que conduce al cielo  
Nos diriges solícita y constante.

Nos inculcaste sabias instrucciones,  
Que en el fondo del alma se han gravado,  
Y germina en los tiernos corazones  
La semilla del bien que tu has sembrado.

La tierna flor que su boton rompiera  
Y el beso de las auras recibió  
Derrama sus perfumes por do quiera,  
Que es el tesoro que el Señor le dió.

Amor es la riqueza que atesora  
El corazon que á palpitar empieza,  
Espero, pues, te servirás Señora  
La primicia aceptar de esta riqueza.

La profesora habia quedado en pié en  
medio de la sala con la mantilla puesta, y  
su vista reposaba con placer sobre aquel  
gracioso grupo de niñas tan amables, tan

elegantes y modestas, y en cuyos rostros brillaba la mas dulce satisfaccion.

Al concluir Clotilde la última estancia, dijo con voz conmovida, y llevando el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima de ternura: Sí, hijas de mi alma, la acepto.

Pues en ese caso, continuó la pequeña oradora, dígnese V. tambien admitir esta insignificante muestra de nuestro cariño que tengo el honor de ofrecerle en nombre de todo el colegio. Y puso en sus manos el cofrecito que contenia el aderezo.

La directora se quedó contemplando su regalo un breve rato, menos por examinarlo que por reponerse de la emocion que experimentaba, y dijo: Esta preciosa dádiva, hijas mias, tiene para mí un mérito infinitamente mayor de lo que podeis imaginar, será el galardon mas bello de mis afanes, y lo guardaré toda mi vida porque es la ofrenda de vuestra ternura y el recuerdo de uno de los dias mas hermosos de mi existencia; no aspiraba á mejor premio de mis desvelos y trabajo que á conquistar vuestro afecto,

y la espontánea manifestacion que de él me haceis en este dia, supera á quanto hubiera podido prometerme; por esto la fiesta de Navidad de este año será una de las páginas mas brillantes de mi historia.

Venid ahora á recibir en mis brazos la recompensa de esos tiernos sentimientos que manifestais, y que no esceden ciertamente al maternal amor hácia vosotras que rebosa en mi alma.

No bien hubo acabado de hablar, se vió rodeada de niñas que se disputaban el placer de llegar las primeras á ceñirla con sus bracitos, y fué estrechándolos en los suyos y depositando un ósculo en cada una de aquellas frentes tan cándidas.

Terminada aquella interesante escena, las niñas se retiraron sumamente satisfechas, y conservaron por mucho tiempo el recuerdo de aquella manifestacion, que habia hecho bien su maestra en llamar espontánea, pues ellas fueron las que concibieron esta idea y la propusieron á sus padres, impulsadas

por uno de los sentimientos mas nobles que germinan en el corazon humano , *la gratitud.*





## EPÍLOGO.

---

Han transcurrido diez años.

D.<sup>a</sup> María Sandoval ha vuelto á establecerse en la córte, teniendo siempre á su lado á su hija adoptiva, la cual no es ya la niña traviesa que corria por las fértiles campiñas de la Bética, sino una jóven tan graciosa como amable y encantadora, que habiendo recibido, además, una educacion esmerada, se ha presentado en el mundo rodeada de todos los atractivos que pueden hacer brillar una jóven en la sociedad.

Empero las reuniones que tienen lugar en la casa de la prudente viuda se limitan



á un corto número de fieles y verdaderos amigos, mas capaces de apreciar el mérito que esa sociedad frívola que se agita en un círculo de vanos deleites sin mas móvil que placeres ficticios y algunas veces culpables.

Enriqueta es el encanto de cuantos la rodean y conocen, se ha atraído las simpatías de todos los corazones, y las madres la citan á sus hijas como un dechado que deben imitar: ella conoce la admiracion de que es objeto, pero en vez de envanecerse por ello se humilla ante el Señor, que es el origen y el principio de todos los bienes, y bendice á la persona á quien humanamente hablando, debe toda su felicidad, rodeándola de los mas tiernos cuidados y prodigándole as mas delicadas atenciones.

Es respetuosa con sus superiores, indulgente y cariñosa con sus iguales é inferiores y caritativa con los pobres, de modo que todos los preceptos que ha recibido en su edad primera, todos los ejemplos que deliberadamente se han puesto ante sus ojos, han fructificado en su corazon.

Una hermosa tarde de primavera , nuestra jóven heroina sentada al piano tocaba con maestría y limpieza una sinfonía de Rossini, D.<sup>a</sup> María á corta distancia se entretenia en hacer calceta, con esa agilidad con que se egercitan en esta labor las señoras de cierta edad que , empezando á sentir debilitarse su vista y faltarles para cosas mas delicadas , pasan entretenidas en esto las horas que se les harian pesadas en la ociosidad.

Una jóven doncella levantó la portier del salon y anunció á D.<sup>a</sup> Angela; y Enriqueta levantándose precipitadamente corrió á recibir á su amiga , que no era otra que la que vimos en el capítulo 10 , en la casa de campo de la viuda Sandoval asistir á la fiesta de la Vírgen del Rosario , y presidir las funciones por sufragio de la poblacion. Acompañábale un gracioso niño de unos 6 años, hijo suyo, pues la virtuosa jóven habia casado con el que habia sido esposo de su hermana, el cual halló en este enlace tanta dicha como amargura habia sufrido

en el primero; tanta es la influencia que ejerce la muger en el destino de su compañero, tanto es lo que puede derramar de felicidad ó desventura sobre el hogar doméstico.

¿Ya te tenemos definitivamente instalada en Madrid? dijo D.<sup>a</sup> María, despues de los primeros cumplimientos.

Sí, señora, contestó Angela, mi esposo como manifesté á Vds. obtuvo hace algunos meses una plaza de oficial en el Ministerio de Hacienda, y si hasta ahora no nos habíamos establecido aquí, teniendo el disgusto de que él viviese en una casa de huéspedes, ya sabe V. que lo motivó la falta de salud de mi mamá, á quien no hemos querido dejar hasta verla completamente restablecida: ahora está ya buena, y para atenuar el sentimiento que á ella y á papá les ha causado nuestra ausencia, hemos dejado en su compañía á Mariquita, la ahijada de V., que á pesar de sus cortos años, pues tiene dos mas que este chiquitin, les distraerá con sus travesuras y halagará con

su cariño. En cuanto á mí, mucho me prometo de Vds., amigas de mi alma, pues, á pesar de la bondad de mi esposo y su afecto, y con tener á mi lado á mi tierno niño, necesito la compañía de seres tan queridos como Vds. para endulzar las horas de tristeza que paso, privada de ver á mis padres y á mi hija. Y enjugó una lágrima que rodaba por su megilla.

D.<sup>a</sup> Maria le estrechó la mano en silencio, y Enriqueta, dando hábilmente otro giro á la conversacion, dijo: ¿Y cuándo trata V. de poner casa? por mi parte estoy dispuesta á cumplirle mi palabra de acompañarla á hacer todas las compras que guste, y creo que mamá recordará tambien su promesa de ser nuestra consultora, y ayudar á V. con sus consejos en este negocio que no deja de ser de bastante interés.

Cuento con la cooperacion de ambas, y no olvido sus promesas, respondió Angela; no en valde he dicho que me prometia mucho de Vds., y ahora añadiré que por mas

de un concepto. La amistad no es para mí una palabra vana.

Estoy á tus órdenes, querida, y siempre dispuesta á complacerte en todo, pero por hoy quisiera que, con tu niño, tuvieses la amabilidad de acompañarnos á dar un paseo, pues veo que te preparas para retirarte y siento que tan pronto nos prives de tu compañía, dijo la señora de Sandoval.

Consultado por Enriqueta el parecer del niño, fué favorable al proyecto del paseo, su madre volvió á sentarse, y aquella se retiró á su gabinete para empezar su sencillo tocado: la doncella que la siguió, y que es la misma que habia anunciado la visita, tampoco nos es desconocida. Cármen, la hija del labrador, aquella niña tan sencilla y candorosa que adoraba á su señorita, habia suplicado á sus padres le permitiesen seguirla, D.<sup>a</sup> María y sus colonos se convinieron sin dificultad, y la jóven sirve con aquella fidelidad, interés y cariño que en vano se busca en sirvientes

que no hayan sido educados en el temor de Dios.

Creo que no les pesará á mis amables lectoras tener noticias de todos nuestros antiguos conocidos ; para ello tendrá que viajar nuestro pensamiento, trasladándonos primero á Italia. En una calle de la ciudad de Roma se levanta una casa de modesto aspecto, es la habitacion de un anciano sacerdote tan humilde como caritativo que, apiadado de la triste suerte del pobre manco, á quien os dí á conocer con el nombre de peregrino, le ha tomado bajo su proteccion, empleándole en aquellos servicios compatibles con su estado, y particularmente en llevar limosnas al domicilio de las personas necesitadas. Ha tenido el consuelo de reconciliarse con su hermano; era pues cierto que las palabras compasivas de D.<sup>a</sup> María, eran como un anuncio del perdón del cielo, y le abrian una era mas tranquila.

El zapatero enfermo, hermano de aquella jóven á quien vimos sufrir las conse-

cuencias de una mentira, sanó de su dolencia despues de muchos meses, y ambos viven pobres, pero resignados con su suerte.

Hasta la *ladronzuela de fruta*, corregida á tiempo de sus defectos, es ya una muchacha honrada y laboriosa, que mantiene á su anciano padre con el trabajo de sus manos.

Vosotras, niñas queridas, en el curso de esta imperfecta obrita habeis podido enteraros de algunos sucesos de la vida de Enriqueta, habréis notado que cada uno de sus capítulos desde el segundo hasta el oncenno tiene relacion con uno de los preceptos del decálogo, de ese código tan sencillo como sublime salido de los labios del mismo Dios, y de cuyo exacto cumplimiento depende nuestra felicidad temporal y eterna. He puesto tambien á vuestra vista dos modelos, uno de nacies virtudes, que podeis copiar desde luego, y otro mas perfecto y acabado que no dudo trataréis de imitar despues, porque este librito confio que lo conservaréis siempre, no por su es-

caso mérito, sino porque habiéndole alcanzado como premio, llevará vinculado el recuerdo de un acto meritorio, ó de una aplicacion constante.

Habeis dado un paso en el buen camino é importa que nunca retrocedais en él, que guiadas por la luz de la fé, fortalecidas con el valor que dá la esperanza, avanceis y avanceis siempre, porque ese camino es el que conduce á la patria celestial, y leemos en las sagradas letras que si muchos corren en el estadio uno solo lleva el premio, y es aquel que persevera.

Esa accion meritoria, esa aplicacion, y en fin, las virtudes infantiles que vayais desplegando, son la primera piedra del edificio de vuestra felicidad presente y venidera; son quizá el *menudísimo grano de mostaza* del Evangelio, *el cual creciendo viene á ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y se posan en sus ramas.*





# ÍNDICE.

---

Censura y aprobacion de la Autoridad eclesiástica. . . . .	5
A las niñas. . . . .	7
Introduccion. . . . .	9
I.—El orden es el principio del bienestar y de la felicidad moral. . . . .	12
II.—La piedad. . . . .	21
III.—El Juramento. . . . .	27
IV.—Un Domingo bien empleado. . . . .	40
V.—El peregrino. . . . .	54
VI.—Enemistad y reconciliacion. . . . .	69
Consecuencias de la envidia. . . . .	77
El perdon de las injurias. . . . .	80
VII.—La hija del labrador. . . . .	84
VIII.—La ladronzuela de fruta. . . . .	92
El ave Doméstica. . . . .	102
IX.—Efectos de una mentira. . . . .	103
X.—Ángela. . . . .	119
XI.—La felicidad doméstica. . . . .	131
XII.—La Gratitud. . . . .	140
Epilogo. . . . .	150

